

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — N° 470.

SUMARIO.

Incendio de la refinería Belga y del depósito San Félix en Amberes; grabado. — **Catalina de Aragon.** — **Inauguración de la estatua del vicealmirante conde de Brueys en Uzes;** grabado. — **Antigüedades de Cervetri;** grabados. — **Las tropas confederadas metralladas por la flota federal;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Ultima enfermedad y muerte del P. Lacordaire.** — **El príncipe Alberto;** grabados. — **Un año de matrimonio.** — **Los placeres del invierno en Moscu y en San Petersburgo;** grabados. — **La loca.** — **Balada.** — **Despedida.** — **A unas discretas.** — **El comodoro Wilkes.** **Los señores Mason y Sidel;** grabados. — **Féretro del príncipe Alberto;** grabado.

Incendio

DE LA REFINERIA BELGA Y DEL DEPOSITO SAN FELIX EN AMBERES.

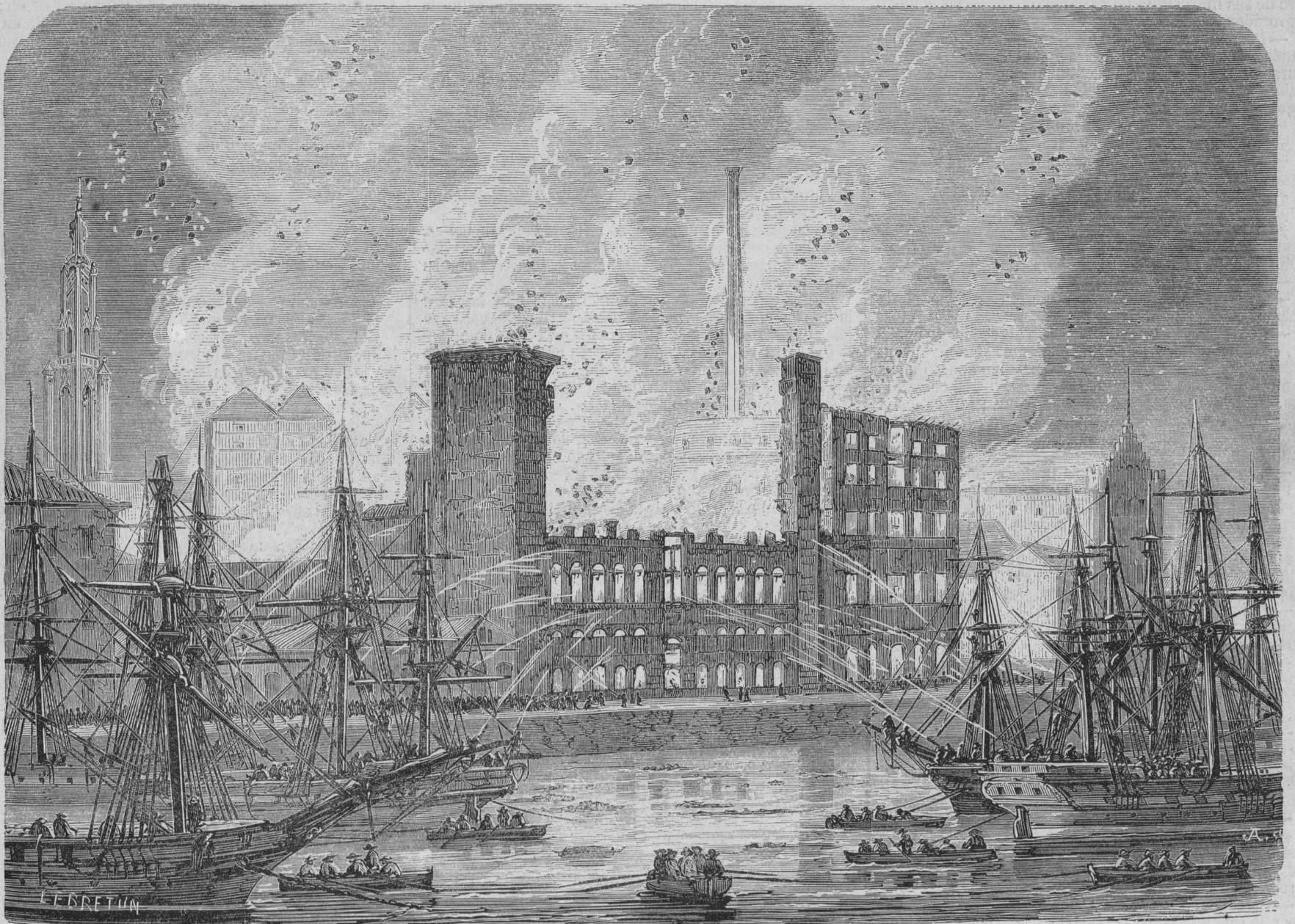
El 2 de diciembre á cosa de las seis y media de la tarde se declaró un violento incendio en la refinería Belga, vasto establecimiento situado al Sur de la dársena de Amberes, y en menos de un cuarto de hora las llamas habian hecho tales progresos, que todo el edificio no formaba mas que una montaña de fuego.

El mal no se detuvo ahí: el depósito *San Félix*, contiguo á la fábrica de refino, no tardó en incendiarse

igualmente. Todo socorro era inútil; la fachada de esta última construcción, toda ella de hierro y de ladrillos, se desplomó muy luego, y con horror se vieron arder las mercancías amontonadas en los seis pisos del depósito. Lo único que se pudo hacer fué preservar los edificios próximos, así como el cobertizo del ferro-carril del Estado que se encuentra detrás en el canal del Almidon, y en el cual habia tambien muchas mercaderías.

En el depósito San Félix habia granos, lanas, esencias, resinas, etc. Las pérdidas han sido considerables, pues no se ha podido salvar nada absolutamente.

Por desgracia diez personas han muerto ó han salido heridas entre los bomberos y los obreros militares.



Incendio de la refinería Belga y del depósito de San Félix en Amberes.

La refinería estaba asegurada por un millón y el depósito por dos. Añadiendo ahora las mercancías devoradas por las llamas, se llega á una cifra enorme, que todavía no se puede determinar de un modo fijo.

Catalina de Aragon

INFANTA DE CASTILLA Y REINA DE INGLATERRA.

POR LA S^{ra} D^a MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

(Continuacion.)

— Estoy pronto, respondió el conde, siempre que me jureis por vuestro honor de noble inglés que cuanto vais a hacer es en bien del reino, y que ningun daño ha de venir por ello al rey.

El obispo se levantó: fué lentamente hasta una mesa de ébano que contenía entre otros objetos preciosos una biblia gótica, y la trajo, abriéndola sobre un magnífico reclinatorio forrado de terciopelo violeta.

Luego puso encima su diestra, se volvió á los dos nobles y dijo con voz solemne:

— Juro por los Santos Evangelios, por mi fe de cristiano católico, apostólico, y por mi honor de caballero inglés, que en todo cuanto pienso practicar no llevo mas miras que la gloria del reino, y la felicidad de mi amado rey y señor Enrique VII hoy, y en lo sucesivo de su hijo Enrique VIII.

— Pero, milor, dijo el honrado conde de Pembroke, no sabemos aun si Dios habra determinado llevarse al príncipe Arturo, y me parece muy aventurado y hasta muy desleal el que miremos al príncipe Enrique como al heredero de su padre.

— Yo os aseguro, milor, que el príncipe Arturo no vive un mes, dijo el obispo con una impaciencia mal contenida: creedme.

— Sea, repuso el conde con una expresion inequívoca de recelo y de perplejidad: puede ya vuestra gracia, añadió, decirnos lo que espera de nosotros.

— Pues bien, señores, no hay que perder tiempo, dijo el obispo: debemos sembrar hoy mismo para recoger el fruto, no hoy, ni mañana... sino quizá dentro de muchos años.

— Hablais, milor, como si fuéramos jóvenes, dijo el conde de Pembroke; ¿olvidais que nuestros cabellos blanquean?

— Teneis hijos, repuso el prelado con voz profunda: teneis hijos, milor, y yo tengo un hermano mucho mas joven que yo: trabajemos pues para nuestras familias.

— Hablad, milor, dijeron los dos nobles, que al nombre de sus hijos sintieron agitarse en sus almas el fuego devorador de la ambicion.

— Pues bien, oidme, milores, murmuró el obispo bajando la voz y haciendo una señal al duque y al conde para que acercasen sus asientos al que él ocupaba. Ya sabeis que desde que el estado del príncipe Arturo se ha agravado tanto, su esposa va á verle despues de comer.

— Sí, lo sabemos, contestaron los dos oyentes.

— Pues bien, es preciso lograr que hoy no vaya.

— ¿Para qué? exclamó con impetu el conde de Pembroke.

— Para que en vez de ser el príncipe visitado por su esposa, sea él quien vaya á visitarla.

— ¡Ah! ¿Creeis pues que el príncipe Arturo pasa algun cuidado porque su esposa vaya á verle ó no? exclamó riendo el duque de Sommerset.

— Sí que lo creo.

— Pues yo, milor, os afirmo que su egoismo no le permite pensar en eso.

— El carácter del príncipe Arturo sigue siendo egoista, ó mas bien sus crueles padecimientos siguen embarcando por completo su atencion; pero en cuanto á sus sentimientos con respecto á su esposa, puedo aseguraros, señores, que han experimentado un gran cambio!

El obispo pronunció estas palabras con acento de tan profunda conviccion que sus dos compañeros se quedaron mirándole absortos.

— Sí, continuó el prelado: la princesa ha obrado en los sentimientos de su esposo un cambio completo: si no la ama con pasion porque á esto se opone su corta edad y sus dolencias, la ama al menos como á una hermana, á quien admira y respeta. Catalina ha subyugado á ese pobre niño doliente con el encanto mas poderoso que puede emplear una mujer: le habla del cielo cuando padece, y de su amor cuando lamenta su fatal estado.

— ¡La princesa es una mujer admirable! murmuró el conde de Pembroke enjugando una lágrima que se deslizaba por su rugosa megilla.

— ¡Sí, sí! muy admirable, repuso el obispo: ¡demasiado admirable! pero volvamos á lo que os decia, señores. El príncipe, viendo que su esposa no va á verle, irá á visitarla esta noche, no lo dudeis.

— Bien ¿y qué? preguntó el conde.

— Que nosotros estaremos apostados en la galería de cristales y le veremos pasar, entrar en el cuarto de Catalina y cerrar la puerta con cuidado para que no le oigan hablar con ella.

— Muy bien, ¿y luego?

— Luego, nada mas: ya no nos queda por ahora mas que hacer; pero el día que se acusé á Catalina de haber consumado su matrimonio con el príncipe Arturo, nosotros diremos lo que hemos visto esta noche.

— Confieso que me remuerde la conciencia de acceder á lo que se me exige, dijo en voz baja el conde de Pembroke; y permitid que añada, milores, que necesito meditarlo.

— No hay lugar para tanto, milor, dijo el obispo: lo que os he propuesto lo mismo que al duque de Sommerset ha de ser hoy.

— ¡No, por mi vida! repuso airado el conde: ¿creeis que así se me obliga á una accion villana? ¿Se de lo que se trata! ¿Sé que quereis perder á esa noble é infeliz princesa, abandonada aquí, lejos de su patria, de sus padres, de sus amigos! ¡Oh, no! ¡Eso, jamás!

Palideció el obispo al oír la enérgica negativa del conde Pembroke, pero no de espanto, sino de ira: luego acercándose á él, le tomó por el brazo y le llevó al hueco de una ventana.

— Oid, milor, le dijo con voz lenta y profunda: oid y no olvidéis lo que voy á deciros: vos sabeis que quiero arrojar del trono á la princesa Catalina, si por desgracia llega á ocuparle, pero yo sé que hace tres años manteneis relaciones amorosas con la bella Malborgiana, con la seductora escocesa, amante del rey Enrique VII.

Un rayo que hubiera caído á los piés del conde le hubiera aterrado menos que aquella inesperada revelacion: dió un paso atrás al escucharla; pero el obispo le asió de nuevo por un brazo y continuó:

— Solo un medio tengo de asegurarme de vuestra prudencia, y este es el que tomeis parte en mis planes: para arrojar de Inglaterra á Catalina se necesitan tres testigos de su entrevista nocturna con su esposo: ¿vos sereis uno de los tres!

— ¡Nunca! gritó el conde con orgullo.

— Vos sereis uno de los tres, repitió el prelado sin alzar la voz ni perder su calma: de lo contrario, Malborgiana, su hija y la vuestra, la pequeña y graciosa Maria, y vos mismo morireis en el tajo, porque ya sabeis que el rey Enrique es implacable y fiero en sus venganzas.

— ¿Quién le dirá el agravio que le he hecho? preguntó el conde, cuyo semblante habia vuelto á recobrar su expresion dura y altiva.

— ¡Yo! dijo con breve acento el obispo.

Reinó el silencio durante algunos instantes: milor de Warham, con los brazos cruzados sobre el pecho, parecia esperar con una calma estoica la decision del conde, quien, segun lo descompuesto de su semblante, era presa de una violenta lucha interior.

Dos ó tres veces se llevó la mano á la frente para secar el helado sudor que corria por ella: dos ó tres veces miró al cielo con expresion desesperada; mas al fin el amor paternal venció á todos los demás impulsos y dijo al obispo con voz sofocada:

— ¡Soy vuestro!

El prelado se volvió entonces hácia el duque y le dijo lacónicamente:

— Milor de Pembroke accede al fin á coadyuvar á nuestra empresa: yo me encargo de impedir que la princesa vaya á ver á su esposo; así pues, señor duque, hasta el anochecer, en la galería de cristales.

— Hasta el anochecer, repitió el duque.

Y salió seguido del conde de Pembroke, que sumergido en sombríos pensamientos, no pronunció una palabra.

VI.

Catalina de Aragon se hallaba sentada en la galería de cristales y esperaba, leyendo en un libro devoto, la hora del almuerzo, despues del cual y segun su costumbre, pensaba ir á visitar á su esposo.

La duquesa de Sommerset, su primera dama de honor, se hallaba con ella, y ora miraba con ansia al gran patio del palacio, ora heria ligeramente la tierra con su pequeño pié.

Emma Sthanhope de Sommerset podia muy bien ser la hija de su esposo, viudo ya dos veces cuando casó con ella: apenas contaba veinte y cuatro años, y su semblante fresco, mórbido y juvenil le robaba aun cuatro ó cinco de los pocos que en realidad tenia.

Parecia pues una joven que aun no habia dejado el techo paterno por el palacio nupcial.

Su tipo era tanto mas encantador cuanto mas extraño en la fria Inglaterra: era morena, con ojos negros lo mismo que sus cejas y pestañas, y lo mismo que su cabello largo, copioso y recogido en trenzas que brillaban como azabache bruñido.

El fuego de la salud y de la vida iluminaba sus redondas mejillas, adornadas de hoyuelos, con un colorido aterciopelado y fresco, y prestaba á sus labios un vivo carmin.

El duque viejo, de cerca de sesenta años y de condicion áspera y dura, se habia casado con ella por una de esas razones que median en los enlaces de la nobleza, y tambien por una especie de vanidad en adornar su suntuoso y triste palacio con la presencia de una joven linda. Pero Emma, que no era de carácter dado á la melancolia, habia tomado su partido entregándose á la galantería mas de lo que convenia á la rigidez en que habia sido educada por unos padres que ya habian volado al cielo.

No habia sin embargo en la corte quien no disculpase las ligerezas de Emma, á no ser los hombres que no podían obtener sus preferencias: estos la censuraban duramente, porque sabido es hasta qué punto es pequeño en esos casos el corazon del hombre.

Algunos de aquellos habian llevado su bajeza hasta el extremo de calumniar á la duquesa con el rey, atribuyéndole faltas mucho mayores que las que en realidad habia cometido; pero Enrique VII se encogia de hombros y solo respondia:

— Es una niña imprudente, pero desgraciada: dejémosla.

Emma era la antitesis mas perfecta de su real señora.

Catalina, alta, corpulenta y grave, manifestaba mucha mas edad de la que tenia: la duquesa, pequeña, delgada y alegre, era una niña frívola y caprichosa.

Gustaba la princesa de estar constantemente ocupada, y Emma pasaba su indolente vida en la mas completa ociosidad.

La joven temia mucho las horas que su servicio le prescribia permanecer al lado de Catalina: aburriase de muerte junto á aquella princesa devota, mesurada y majestuosa que jamás mandaba nada, que nunca se descomponia y que hablaba poco.

En la tarde de que voy hablando, la princesa parecia absorta en la lectura de su piadoso libro: la pesadumbre de su alma por el estado de Arturo era extrema, y aquellas oraciones sencillas y monótonas decian mejor con su estado moral que otra cualquiera lectura, y tambien mejor que todas sus labores habituales.

Ya empezaba Emma á impacientarse, siéndole imposible disimular su mal humor, cuando vió entrar en el patio el obispo de Warham.

Entonces pensó con alegría en que si venia á ver á la princesa podria retirarse sin ser vista y salir de su insupportable inmovilidad.

Aplicó el oido y bien pronto oyó los pasos de uno de los pajes de la antecámara, que segun su parecer venia á anunciar al prelado.

No se engañó: el paje levantó el tapiz de la puerta de la galería y dijo á Catalina:

— Su gracia, milor el obispo de Warham, pide la venia de V. A. R. para ofrecerle sus respetos.

— Que entre, contestó tranquilamente Catalina, cerrando su devocionario y poniéndole sobre una mesita que tenia junto á ella.

Un momento despues entró el obispo.

Catalina permaneció sentada, y solo cuando este llegó junto á ella, se levantó y le besó la mano.

Era tan agosto, tan firme el carácter de la princesa, que jamás concedia á nadie, ni por supersticion, ni por ninguna bajeza, mas de aquello que debia darle.

El orgulloso prelado, acostumbrado á las exageradas deferencias del rey, se mordió los labios, y dirigió á la princesa una mirada de encono; pero esta no la advirtió, y dijo á Emma con su habitual y serena dulzura:

— Querida duquesa, podeis por ahora disponer del tiempo: os llamaré para que me acompañeis á la habitacion de S. A. el príncipe, cuando vaya á visitarle.

Emma se inclinó profundamente y salió con cuanta ligereza le fué posible.

— ¿No toma asiento vuestra gracia? preguntó Catalina indicando al obispo el sillón en donde habia estado sentada la duquesa.

El prelado volvió á morderse los labios y se dijo con amargura que el rey le dejaba su propio asiento; no obstante ocupó el que se le ofrecia, y haciendo un poderoso esfuerzo para dominar la cólera que hervia en su pecho, dijo á la princesa con respeto:

— Señora, he venido á proponer á V. A. R. una buena obra.

— ¿Una buena obra? repuso Catalina con aquella expresiva gratitud que demostraba siempre á las personas que le proporcionaban ocasiones de ejercer su caridad: hablad, milor, hablad.

— No se trata de ningun pobre miserable de esos á quienes V. A. socorre todos los días, señora, contestó el obispo: la buena accion que vengo á solicitar de V. A. R. se refiere al cariño fraternal.

— ¡Ah! ¿Está castigado mi querido hermano? preguntó la princesa en tanto que asomaba á sus labios una lisonjera sonrisa.

— Sí, señora; y severamente, respondió el obispo.

— ¿Pues qué ha hecho?

— Hace tres días que está estudiando su leccion de latin, sin que pueda salir con ella: é indignado hoy el rey le ha mandado escribirla de memoria para la hora de la comida.

— ¿Y qué puedo yo hacer?

— Sacar al príncipe de un gran conflicto: aquí tengo la llave de la puerta secreta que da á su cuarto. Vuestra Alteza puede ir á él conmigo y escribirle la leccion, librándole así del enojo del rey. Ya no hay tiempo para que él la copie; yo lo haria; pero si el rey ve mi letra se enojará, al paso que aunque vea la de V. A. no sucederá eso: ya sabe V. A. cuánto la ama y que ha de agradecerle el conflicto de que saca á su hijo.

— ¿Pero porqué no viene mi hermano á mi habitacion?

— El rey le ha prohibido severamente que salga de la suya, y para guardarle en prision están con él el conde de Pembroke y milor de Essex.

— Vamos al instante, dijo Catalina levantándose: vamos para consolar al pobre niño.

Un rayo de gozo alumbró las rudas facciones del obispo: abrió una puerta de la galería que conducia á las escaleras interiores y siguió á la princesa que ya bajaba por ella.

De súbito se detuvo Catalina y exclamó:

— ¡Ay, Dios mio! ¿Cuándo veré hoy al príncipe Arturo?

— A la vuelta, señora; repuso el obispo, bien seguro de entretenerla hasta la hora de comer.

La princesa nada respondió y continuó bajando.

Bien pronto llegó á la puerta que daba á la habitacion del príncipe Enrique y que se abrió como por encanto.

Milor de Warham no habia mentido.

El príncipe, sentado delante de una mesita con embutidos de bronce, tenia la cabeza sepultada entre sus manos y lloraba con una amarga cólera.

En el breve espacio de su rostro que se podía ver, se advertía la púrpura de la ira: al ruido que hicieron la princesa y el obispo, se levantó y corrió hacia ellos.

— ¡Ah! ¡Qué buena sois, señora! exclamó tomando la mano de Catalina y besándola con ardor: veo que venís en mi socorro y haceis bien: si no contentara al rey con mi lección escrita por vuestra mano, me prohibiría asistir a la comida, y yo me arrojaría por un balcón para no sobrevivir a tanta vergüenza.

— Sois un niño, Enrique, dijo Catalina sonriéndose: vamos, añadió ocupando el asiento que había dejado el príncipe: decidme cuál es vuestra lección.

— Antes permitidme os diga que no soy tan niño, pues he cumplido ya doce años: ahora tomad mi lección cuya página está apuntada: es un pasaje de la Biblia.

— La conozco, dijo Catalina, que sabía casi de memoria las sagradas escrituras así en su idioma como en la armoniosa lengua de Ovidio: vaya, calmaos, y dentro de tres horas tendréis escrito el pasaje: tardaré un doble de tiempo porque desde que me hallaba junto a mi madre no he escrito latin.

Catalina ahogó un suspiro al decir estas palabras, pues ellas le recordaban a sus amados padres.

— Mi padre es hoy injusto, dijo el príncipe con acritud: justamente hoy, que sabía yo mi lección como nunca... hoy, que se la hubiera dado de memoria, se ha empeñado en que la escriba... y con el enfado que me ha ocasionado su injusticia, se me ha olvidado completamente.

Luego, hiriendo el suelo con su pequeño pie, continuó el iracundo niño:

— ¡Por fuerza alguno le ha ido hoy a mi padre con quejas de mi desaplicación!

— ¡Señor! murmuraron los tres caballeros presentes, que temblaban más ante la ira del príncipe que ante la del rey, su padre.

— ¡Sí, sí! ¡alguno ha provocado hoy el enojo del rey contra mí, y ese ha debido ser mi ayo!

— ¡Señor! repitió el obispo de Warham afectando humildad y bajando la cabeza para no mostrar su triunfante sonrisa.

— Vaya, callad, hermano, si queréis que escriba sin borrones, dijo Catalina, continuando su trabajo con alguna dificultad.

Los tres cortesanos se retiraron al hueco de una ventana, y Enrique se apoyó en el respaldo del sillón de Catalina para ver lo que escribía.

En esta postura veía el torneado y blanco cuello de la princesa y el gracioso nacimiento de su cabello castaño claro y sedoso, al mismo tiempo que el movimiento de su blanca y pequeña mano que dejaba correr la pluma con lentitud, pero sin cansancio ni dificultad.

Poco a poco el seno del niño se fué agitando con una sensación vaga y desconocida: sus megillas se encendieron y su corazón se oprimió con un peso indefinible.

Era el contacto eléctrico de una adolescencia inocente y pura, y de una infancia adelantada en sus sensaciones. Hubo un instante en que Enrique inclinó su cabeza y puso sus labios en el cuello de la princesa.

Esta no se apercibió siquiera de aquel beso; tan absorta se hallaba en su tarea.

— ¡Qué hermosa eres, Catalina! murmuró Enrique.

La princesa volvió el semblante, cuya pálida y suave blancura no empañaba la más leve emoción: solo en sus ojos garzos se veía pintada la extrañeza que le causaban los modales demasiado familiares de su hermano.

— Sentaos ahí, enfrente de mí, dijo al niño: me distraéis con vuestros juegos y no podré acabar; además, debo ir a ver a Arturo.

— ¡Ah! ¡Qué feliz es mi hermano! murmuró el príncipe dejándose caer en el sillón que le señalaba Catalina.

— ¡Feliz! exclamó la princesa, suspendiendo el movimiento de su pluma; y una lágrima pura como su alma, pero ancha como lo son todas las que son hijas del dolor, cayó sobre el papel.

Catalina sacó su pañuelo de batista, secó con cuidado aquella lágrima, y continuó escribiendo con la dulce y reposada calma que era el atributo más noble de su regío y magnánimo ser.

VII.

Catalina concluyó su tarea cerca de las cuatro, y volvió presurosa a su habitación, para vestirse y pasar al comedor, pues era ya la hora de la comida; y al entrar en él, lo primero que vio fué al rey que miraba la lección de latin que ella acababa de escribir, y a su lado al príncipe Enrique con las megillas sonrojadas y los ojos llorosos.

— Dad gracias a vuestra hermana, dijo Enrique VII a su hijo, apenas percibió a la princesa; su talento y sobre todo su bondad en haberle querido emplear con vos, os libran de un largo y severo arresto.

Luego, volviéndose a Catalina, dió a esta un beso en la frente y añadió:

— Sois un ángel; pero no empleéis más vuestra sabia educación con este muchacho terco y perezoso; y creed que si hoy me contento con vuestro trabajo en vez de pedir severamente el suyo, es porque quiero veros comer con apetito y no me resuelvo a disgustaros.

Sentóse el rey, dichas estas palabras, y Catalina le sirvió, según costumbre; pero en vez de comer con el apetito casi voraz, que era habitual en él, sepulló la cabeza entre ambas manos y quedó inmóvil.

— ¿Qué teneis, padre? preguntó tiernamente Catalina.

— ¡Arturo! ¡Ah, mi pobre Arturo! murmuró el rey

olvidando su sangre fría británica ante el pensamiento de que iba a perder un hijo.

Pero haciéndose superior a aquel acceso de dolor, alzó la cabeza, pasó por sus parpados su pañuelo de encajes y empezó a comer.

Todos le miraron menos Catalina, que a duras penas podía contener el llanto pensando en su marido enfermo y casi moribundo.

Las seis daban al levantarse de la mesa.

Catalina se despidió del rey y se dirigió a la habitación de Arturo; pero halló en la puerta al viejo y huraño duque de Sommerset, que le cerró el paso respetuosamente.

— ¿Qué es esto? preguntó Catalina con altivez: ¿desde cuándo la princesa de Gales no puede entrar en la habitación de su esposo?

— Vuestra Alteza Real viene sola, murmuró el esposo de Emma, y las órdenes de S. M. son terminantes en este punto.

— ¡Es verdad! observó la hija de la casta Isabel la Católica con el semblante rojo de vergüenza: vengo sola, milor; pero debíais recordar que el príncipe se muere y que no podía yo pensar ahora en ridículas e indignas formalidades: volveré dentro de un instante con alguno que me acompañe.

Catalina volvió la espalda con majestad y se dirigió a su habitación donde había dejado a sus damas de honor.

En la puerta, y jugando con uno de los hermosos lebreles del rey, estaba lord de Sommerset, niño de ocho años ó hijo de Emma, que lo había tenido a la edad de diez y seis y a los diez meses de casarse con el duque.

Catalina, a pesar de su angustia, acarició la negra cabeza de Edmundo, que este era el nombre del pequeño lord.

Aquel niño tenía un aspecto extraño: su carita morena era ya dura y de pómulos salientes; sus ojos negros grandes y hundidos brillaban de malicia y de audacia; tenía los labios muy delgados y la barba estrecha, señales infalibles de astucia y de avaricia.

Por lo demás era una criatura magníficamente vestida de encajes y terciopelo, y cuyos hermosos cabellos negros estaban bañados de perfumes.

Su padre le adoraba, y su joven y bella madre le idolatraba con una especie de frenesí.

Edmundo crecía pues entre aquellos dos amores, sin más ley que su capricho, y sin saber más que atormentar a cuantos vivían en derredor suyo.

— Tomad, señora, dijo Edmundo al ver a Catalina: mi padre me dió dulces esta mañana y guardé uno para vos.

Al decir estas palabras metió la mano en el bolsillo de sus calzones y sacó un dulce pulcramente envuelto en un papel de color de rosa.

La princesa tomó el dulce, dió otro beso a Edmundo, é iba a entrar en su cámara, cuando el niño la detuvo por el vestido.

— Os he dado el dulce para que me deis un poco de pastel de venado, dijo el joven lord: mi padre no quiere que le coma en mi palacio porque dice que me hace daño; pero vos me dareis, ¿verdad?

— Te daré, Edmundo; ¡pero déjame ahora por Dios!

— ¡Es que ha de ser pronto! exclamó Edmundo con ira: ¡vos ya teneis el dulce y es muy justo que mandéis que me den ahora mismo el pastel... ¡toma! yo no doy nada por nada!... y encargad que me lo sirvan en un plato de oro, que así los tengo yo en mi palacio.

Catalina no quiso detenerse en responder al niño y entró presurosa en su habitación, admirándose mucho de no hallar a nadie en la primera ni en la segunda antecámara; pasó despues a su habitación, y su sorpresa creció de punto al ver que sola Emma estaba en ella.

— ¿Dónde están mis damas? preguntó asombrada a la duquesa.

— Yo no sé, señora, respondió la madre de Edmundo: todas se han ido, una despues de otra; mas no sé a dónde.

— ¡No importa!... poneos un manto, duquesa, y acompañadme!... dijo Catalina que estaba en extremo agitada.

— ¿A dónde vamos, señora? ¿qué sucede a V. A. R.? preguntó Emma alarmada, pues a pesar de su frivolidad y de sus defectos amaba sinceramente a Catalina.

Esta iba a responder, pero se lo impidieron el ruido que hizo la puerta y la presencia de su esposo, que pálido, demacrado y moribundo, apareció en el umbral.

Al ver a Arturo, un grito de espanto partió de los labios y del corazón de la princesa.

El pobre joven, acostado en su suntuoso lecho, presentaba un aspecto menos doloroso; pero en aquel instante, envuelto en su ropilla de terciopelo negro sin encajes, sin joyas, presentaba la imagen desolada de la muerte.

Nada había ya en él de bello, de suave, de fresco: los padecimientos habían macerado sus facciones y la fiebre había hundido sus ojos: su rostro livido parecía herido por tan agudos huesos, que se hubiera dicho iban a agujerear su epidermis, y la muerte dibujaba ya su huella en aquel semblante de quince años.

— ¿Señor... a qué viene V. A. R.? exclamó la duquesa con espanto, mientras Catalina sostenía al príncipe que se apoyaba casi desmayado en la puerta.

— ¡Quería ver a Catalina! murmuró Arturo, y he venido...

— ¿Pero no hay nadie en las antecámaras? exclamó Catalina: habeis venido solo, señor?

— Solo sí, respondió Arturo: solo... a nadie encontré.

— ¡Oh! ¡aquí se oculta alguna horrible trama! exclamó la duquesa: nada de lo que pasa es natural.

— ¿Qué temeis? dijo Catalina: ¿qué objeto pueden tener?

— Yo no sé, señora... pero ya lo sabremos algun dia para nuestro mal.

— Catalina, prosiguió Arturo, a quien había colocado en un sillón la princesa y Emma: Catalina, he querido veros porque vos no veniais y yo me estoy muriendo.

— Dios solo dispone de la vida de las criaturas, señor, repuso la joven esforzándose en ahogar sus lágrimas: ¿a qué pensar ahora en morir, cuando quizá la vuestra ha de durar muchos años?

Arturo meció tristemente la cabeza y quiso responder, pero no pudo: reclinóse en el sillón y empezó a quejarse de un modo ronco y profundo.

La princesa, cuya alta estatura dominaba con mucho al sillón, se arrodilló a su lado y asió entre sus manos suaves y tibias las abrasadas de Arturo.

En vano quiso este hablar dos ó tres veces: solo dejó oír la especie de silbido que se escapaba de entre sus labios.

— ¡Señora, S. A. R. se muere por momentos, por segundos!... ¡está agonizando!... exclamó Emma con terror: ¡es fuerza llamar al rey y al confesor!

Catalina volvió hacia Emma su rostro bañado en llanto, atraída por aquel acento angustioso, pero nada comprendió de lo que le decía.

— ¡Ah, gracias a Dios! exclamó la duquesa al percibir un rumor de pasos al otro lado de la galería.

Y casi al instante se abrió la puerta y apareció en el umbral el rey seguido de los gentiles-hombres y de los servidores de Arturo.

Catalina de nada se apercibió hasta que lord Douglas y el conde de Argile tomaron a Arturo entre sus brazos para conducirlo de nuevo a su cámara.

El rey y Catalina siguieron presurosos a la triste comitiva, dirigiéndose también a las habitaciones del príncipe.

Al pasar la princesa por la galería, Edmundo, que aun se hallaba en ella la asió del vestido otra vez.

— Señora, dijo con una rabia concentrada, dadme ahora mismo el pastel, ó devolvedme el dulce que os he dado.

Catalina se desasíó blandamente de las manos del niño que se apoderó, pateando de coraje, de las de su madre.

— Hijo mio, exclamó Emma, a pesar de lo preocupado que se hallaba su ánimo con la desgracia que pesaba sobre la familia real: hijo mio, ¿cuando dejarás de ser codicioso y violento?

Y la amante madre cubrió a su hijo de caricias, mientras el rey, Catalina y Enrique rodeaban el lecho del agonizante Arturo.

Este entró muy pronto en la agonía: agonía terrible que se prolongó cinco dias, sin que durante ellos recobrase el pobre niño ni por un solo instante el conocimiento.

En la aurora del dia 3 de abril de 1502 espiró Arturo Tudor, príncipe de Gales y heredero de la corona de Inglaterra, habiendo estado casado solo cinco meses con Catalina de Aragon.

VIII.

Tres meses despues entró el rey Enrique VII en la habitación de la princesa viuda.

Vestida esta de luto estaba bordando con dos de sus camaristas, y la duquesa de Sommerset leía en voz alta y con gran fastidio suyo en el libro de oraciones de Catalina.

Esta parecia de más edad a causa de su triste traje; su semblante grave lo era mucho más desde la muerte de su marido, tan amado de ella y tan digno de serlo, por su carácter generoso é inofensivo.

— Me alegro de ver a V. M., señor y padre mio, dijo Catalina levantándose y dando algunos pasos para recibir al monarca, cuya mano besó con respeto; y luego que le vió sentado, añadió:

— ¿Han venido cartas de mis padres?

— Aquí hay una para vos, hija mia, dijo el rey presentando un pliego a Catalina, que despues de pedirle su venia le abrió presurosa.

Decía así:

« Nuestra muy amada hija: Venimos en conceder tu mano a S. A. R. el príncipe de Gales Enrique: sé para él tan buena esposa como lo fuiste para su hermano, y te acompañará siempre la bendición de tus padres.

Firmado en Segovia a 23 de junio del año 1502. — FERNANDO DE ARAGON. — ISABEL DE CASTILLA. »

— ¡Dios mio! gritó la princesa cuyo rostro se vistió de una extrema palidez al leer esta carta: ¿no sueño? ¿será posible que se trate de...

— ¡Retiraos! dijo el rey con imperio a la duquesa y a las damas, temeroso del asombro de Catalina: y luego volviéndose a ella, añadió:

— ¿Os extraña, hija mia, que no pueda renunciar a vos?

— Pero, señor, dijo Catalina, ¡el príncipe es un niño!

— Vos sois una niña tambien:

— Tengo ya diez y seis años y él solo cuenta doce.

— ¿Qué diferencia son cuatro años? ved además que este es mi gusto, el de vuestros padres y la voluntad de Dios, que os quiere dar la corona de Inglaterra: vivid junto a mí, Catalina; soy viejo y pronto dejaré ya este mundo: reemplazad a mi lado al hijo que he perdido.

Nada contestó Catalina: dobló la cabeza y lloró ese llanto silencioso, cuyo manantial está en el corazón.

— ¿Nada me respondéis, Catalina? preguntó tras una larga pausa el astuto Enrique VII.

— Nada mas que una cosa puedo responderos, señor, dijo Catalina, que os obedeceré.

El rey no quiso oír mas: levantóse, besó á la princesa en la frente y salió presuroso.

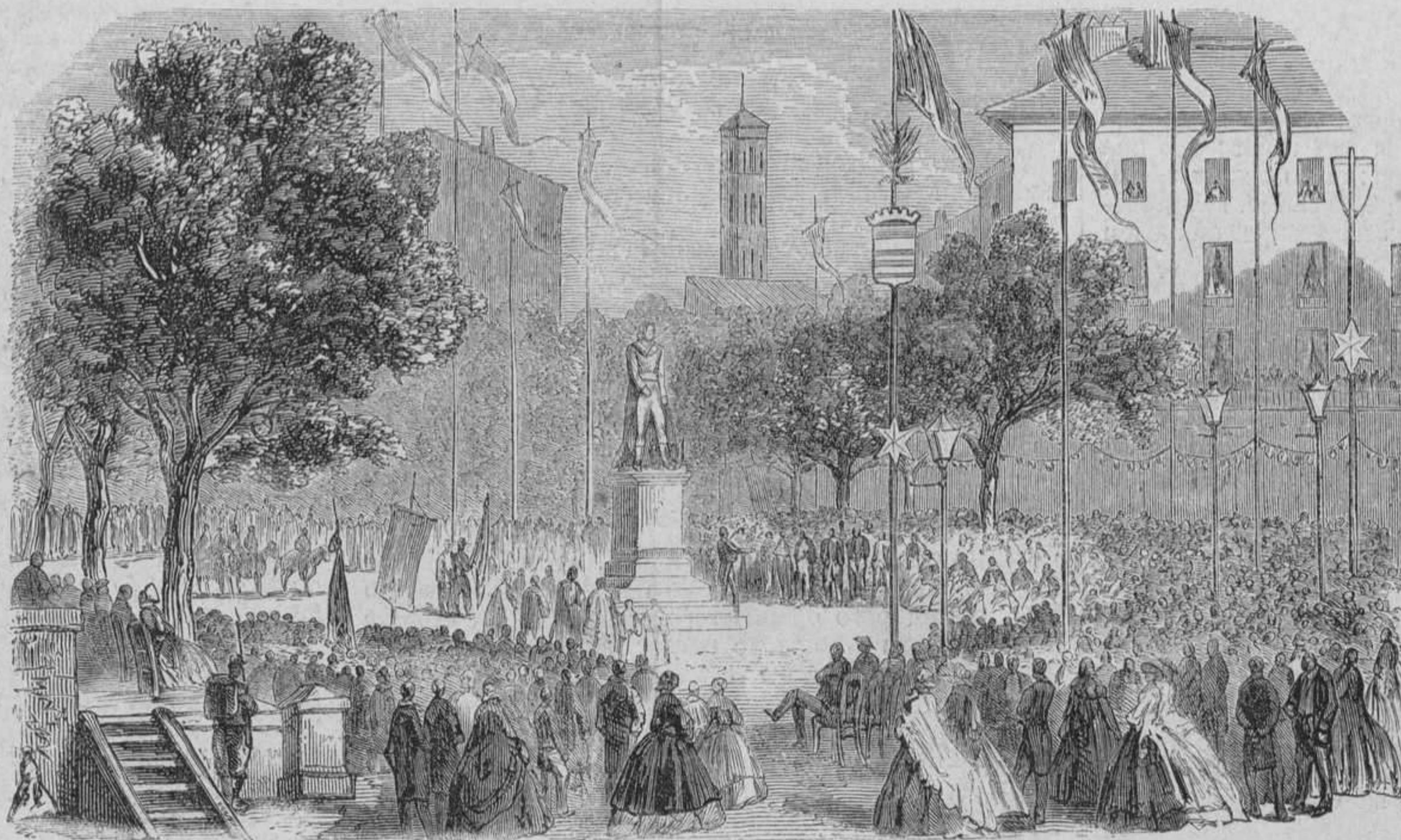
Aquella misma noche participó el rey á toda la corte reunida, que dentro de ocho dias se celebrarían las bodas de la princesa viuda de Gales con el príncipe heredero.

(Se continuará.)

Inauguración

DE LA ESTATUA DEL VICE-ALMIRANTE FRANCÉS CONDE DE BRUEYS EN UZES (GARD).

El 20 de octubre último se ha inaugurado una her-



Inauguración de la estatua del vicealmirante francés Brueys en Uzès (Gard).

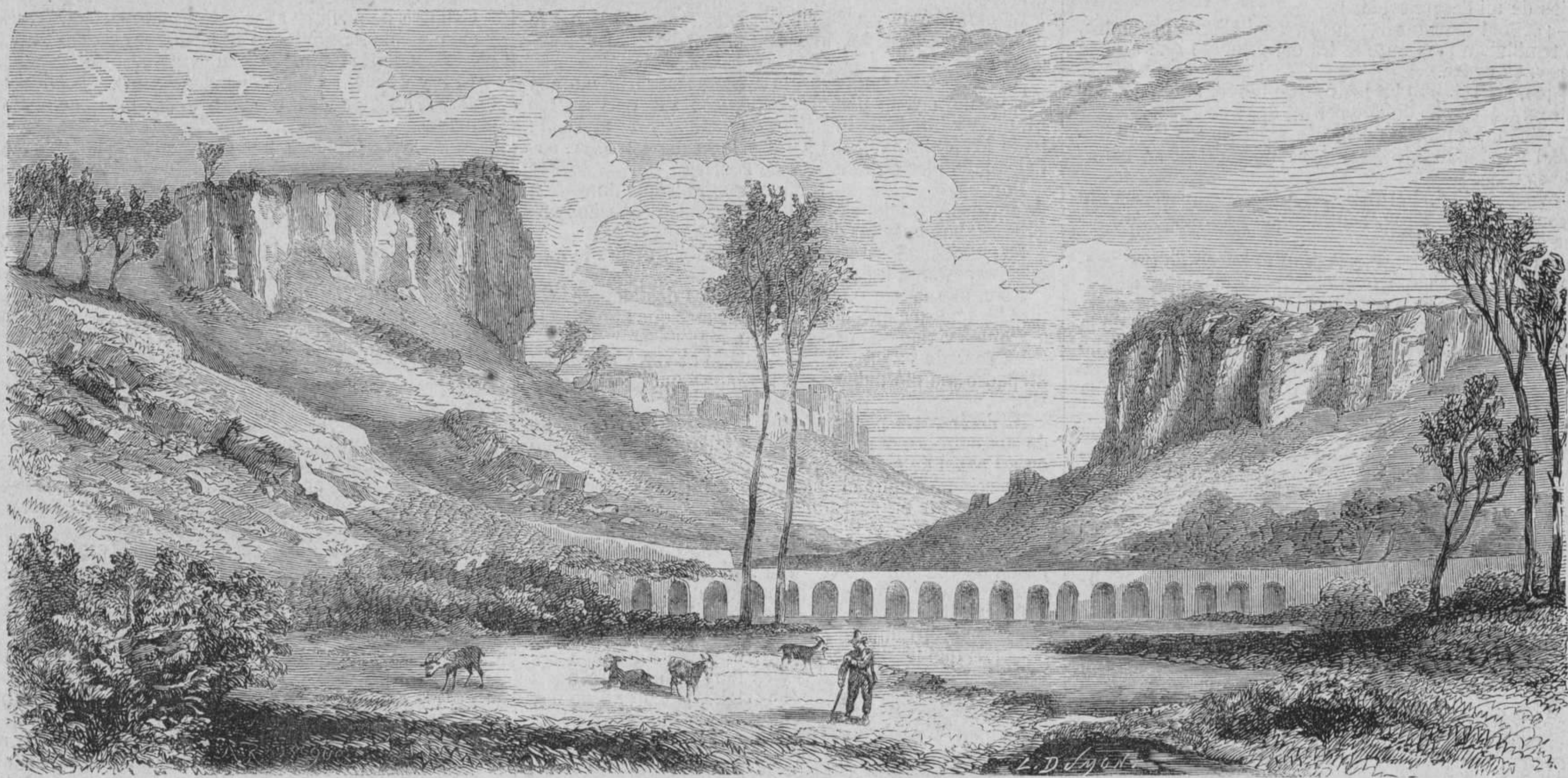
mosa estatua del vicealmirante conde de Brueys en Uzès, su pueblo natal, en el paseo de los Castaños.

Esta ceremonia se hizo con cierta solemnidad. Ofició el señor vicario general de Alzon, y las sociedades de orfeonistas de Sommieres y de Uzès reunidas entonaron brillantes cantatas. La estatua, obra de M. Duret, es de una hermosa ejecución. Esta estatua ha costado con su pedestal 33,000 francos; es de bronce y pesa 1,236 kilogramos.

Antigüedades

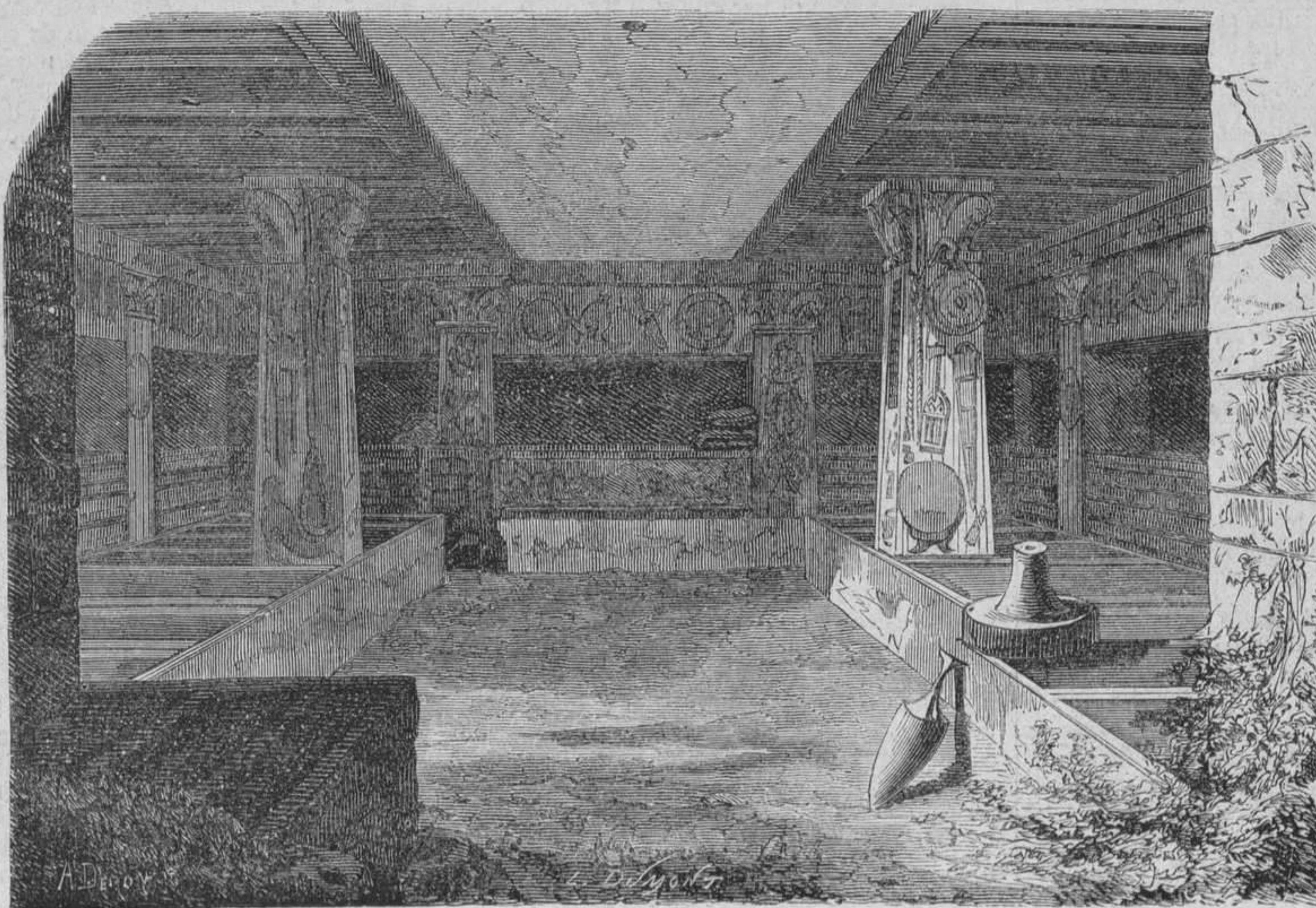
DE CERVETRI.

En la vía férrea que conduce de Civita Vecchia á Roma, hay una estación que se llama Palo, nombre de la aldea contigua. Aquí se apean los muchos curiosos que van



Aldea de Cervetri y posición de la antigua Cereæ.

de Roma á visitar las excavaciones hechas en las tumbas etruscas de Cervetri, la antigua Cereæ. De Palo á Cervetri la distancia es corta, y en pocos instantes el viajero se encuentra en medio de la ciudad sepulcral. Desde hace algunos años las obras que se prosiguen sin interrupción, han dado prodigiosos resultados á los investigadores, y la mayor parte de las riquezas del museo Campana, comprado por el gobierno francés, y que en breve podremos admirar en París, proviene de esas tumbas. Hasta que se emprendieron estos trabajos, solo por fragmentos, digámoslo así, se habia vuelto á encontrar la antigua Etruria. Los sepulcros de Chiusi, abiertos en 1826, por curiosos que fuesen, ofrecían un pobre contingente de noticias á la ciencia. Con Cereæ aparece un Herculano etrusco que ostenta á la luz del día bronceos, utensilios, armas, joyas,



Interior de un sepulcro etrusco en Cervetri.

toda una civilización que ha desaparecido; pero la parte mas importante de estos grandes descubrimientos arqueológicos es sin duda la porción de las bóvedas sepulcrales. Estas tumbas se hallan en un perfecto estado de conservación; el que despues de deslizarse por debajo de la puerta que sirve de entrada á estas bóvedas echa una mirada en su derredor, se queda atónito al descubrir el hermoso brillo de esas pinturas que no cuentan menos de 2,500 años de existencia; el sepulcro cuyo dibujo damos en esta página, es uno de los mas notables que hay en Cervetri; por la riqueza de su ornamentación se puede juzgar que es de algun jefe.

En las paredes y en los pilares, pintados con aquel rojo oscuro que empleaban tan frecuentemente los artistas etruscos, se dibujan en relieve utensilios de toda clase, armas, trofeos, etc.



Las tropas confederadas metralradas por la flota federal en su retirada del fuerte Walker.

W. H. WALKER

Revista de Paris.

El frío intenso que en los primeros días del año se ha dejado sentir en París, ha venido á suministrar á los parisienses una ocasion propicia para lucir su habilidad de patinadores en los grandes lagos del bosque de Boulogne. El domingo último se podían contar sobre su tersa superficie mas de veinte mil personas. A decir verdad, no todos los que se aventuran en los hielos dan muestras de una agilidad extraordinaria; pero justamente los mas novicios en el arte de patinar son los que mas agradan á la muchedumbre, por la sencilla razon de que nunca deja de agrandar lo que divierte. Mientras por una parte la poblacion de París se entrega con alborozo sobre los lagos á esos ejercicios en que únicamente son maestros los hijos de las heladas regiones del Norte, por otra la industria se apresura á sacar de ellos los seis millones de kilogramos de hielo que necesita cada año el consumo de la capital. Escuadras de obreros rompen los carámbanos y los llevan á los carros, que los trasportan á los grandes pozos de nieve establecidos por la villa en una parte del mismo bosque, comprendida entre las fortificaciones y el ferro-carril de Auteuil. Este doble espectáculo presenta una animacion de un carácter tan original como pintoresco.

El martes último á eso de las cinco de la tarde, todo el barrio donde se encuentra situada nuestra redaccion se conmovió profundamente, de resultas de una explosion de gas ocurrida en el Casino de la calle Cadet, y que ha tenido fatales consecuencias.

La víspera de aquel día el director del Casino (que era un hermoso establecimiento donde se daban conciertos y bailes muy concurridos, contiguo al Gran Oriente de Francia), habia advertido un silbido en las cañerías de gas, y previniendo inmediatamente al administrador, este envió á un dependiente llamado Basta que la compañía tenia destinado al cuidado de los aparatos del Casino.

El empleado, despues de reconocer los conductos, se puso á limpiarlos, cuando de repente, á la hora que hemos dicho resonó una detonacion formidabile; toda la techumbre se hundió destruyendo el salon del establecimiento que da á la calle. Las tiendas contiguas sufrieron grandes averías, el mostrador de una taberna al lado del Casino, fué trasportado á un metro de distancia, y mató á un obrero desconocido que se hallaba en la taberna.

Las casas próximas se conmovieron igualmente y se deterioraron mas ó menos.

El dependiente Basta pereció; su cadáver se halló carbonizado entre los escombros.

Un empleado del Banco de Francia, el vendedor de periódicos de la plaza Cadet y diez y siete ó diez y ocho transeuntes han recibido heridas mas ó menos graves.

Por fortuna no sobrevino el incendio que se temia, gracias sin duda á las acertadas disposiciones del cuerpo de bomberos acampado aun entre las ruinas del establecimiento.

Apartando cuanto antes los ojos de este terrible cuadro en cuyo fondo sombrío se destacan tantas víctimas, vamos á señalar á nuestros lectores un rasgo de gratitud que dice mucho en favor del corazón humano, en estos tiempos de fria indiferencia y de egoismo.

Hace algunos años en una ciudad de provincia, una señora viuda, perteneciente á la clase acomodada, iba á misa todos los días á la iglesia de su parroquia, acompañada de una bonita niña de seis ó siete años, de fisonomía pálida y de constitucion endeble y delicada.

Esta señora hacia sus devociones en la capilla de la Virgen, y cuantas veces salia del templo daba una limosna á un mendigo que estaba siempre á la puerta. La niña depositaba tambien su ofrenda en la mano del pordiosero y se recomendaba á sus oraciones.

Durante muchos años el mendigo recibió de este modo su retribucion cotidiana; pero un día desapareció, y como nadie pudiera saber lo que habia sido de él, le creyeron muerto.

Por su parte la viuda, víctima de una desgracia en sus intereses, habia perdido toda su fortuna, cayendo en una situacion muy próxima á la miseria.

Su hija, gracias á los cuidados que la prodigara la ternura materna, habia adquirido una buena salud y convirtiéndose en una jóven perfecta, dechado de gracias físicas y de virtudes.

La viuda residia en París cuando recibió la visita de un amigo de su difunto esposo, empleado actualmente en la capital, que vió á la jóven y se quedó prendado de su belleza. A poco tiempo la pedía en matrimonio, y á pesar de su precaria posicion de fortuna, le fué concedida la mano de la jóven.

El día fijado para firmar los capitulos matrimoniales las dos familias se hallaban reunidas. El notario encargado de extender los contratos entró acompañado de un desconocido de una edad avanzada, vestido convenientemente para la ceremonia. Nadie sabia que perteneciera á la una ó la otra de las dos familias, y todos los presentes se sorprendieron con la inesperada aparicion de un extraño que no habia recibido invitacion alguna; pero su franca y jovial fisonomía, así como el aire de honradez y de bondad que respiraba su personal, abogaban tanto en su favor, que no protestaron contra su presencia.

El notario comenzó á leer los contratos matrimoniales, y al llegar á la cláusula concerniente á la dote de la jóven, se expresó en estos términos:

« La señorita Antonia de... está dotada con la suma de treinta mil francos... »

Al oír esto la concurrencia se quedó sorprendida.

— ¿Qué ha leído Vd.? interrumpió la madre.

— Lo que está escrito.

— Es un error. Ya he declarado á Vd. que ni yo ni mi hija poseemos nada absolutamente.

— Es verdad, repuso el notario sonriendo; pero ¿y si fuera usted quien se hubiera engañado?

— No lo entiendo.

— Pues así es: Antonia posee treinta mil francos.

Y el notario abriendo su cartera y sacando de ella treinta billetes de á mil francos cada uno, añadió:

— Aquí tiene Vd. una prueba irrecusable de que es verdad lo que está escrito.

— Pero ¿de dónde viene ese dinero? preguntó la viuda.

— No puedo yo decirlo con precisión, respondió el notario, diríjase Vd. á este caballero.

Y señalaba al desconocido.

Este bajó la cabeza, y el notario prosiguió:

— No hace muchas horas este caballero, á quien no tengo el honor de conocer, se presentó en mi despacho y me dijo, sin mas preámbulo ni explicacion, las siguientes palabras: « Señor notario, hoy debe Vd. extender los capitulos matrimoniales de la señorita Antonia de... Sírvase Vd. añadir á su dote la cantidad de treinta mil francos que traigo aquí; » y me entregó los valores.

— ¿Quién es Vd.? exclamó entonces la viuda dirigiéndose al desconocido; y ¿porqué regala Vd. á mi hija semejante suma?

— ¿Será cierto que no me reconoce Vd.? exclamó aquel hombre. ¡Ah! comprendo muy bien que en medio de tantas desgracias como Vd. ha sufrido haya olvidado Vd. á otro desgraciado á quien socorrió en un tiempo en que estaban cambiados los papeles; pero él tiene memoria... ¿no se acuerda Vd. de aquel mendigo que hace doce años estaba siempre á la puerta de la iglesia en una ciudad de provincia, y que recibía diariamente una limosna de Vd. y de su niña?

— ¡Dios mío! ¿será verdad? interrumpió la viuda.

— Sí, señora, aquel pordiosero soy yo. Cuando cesé de mendigar á la puerta de una iglesia, acababa de heredar una fortuna que me permitió venir á París, donde con orden, trabajo y economia he logrado ser rico. En mi nueva posicion nunca olvidé á la que me habia socorrido en mi miseria, al contrario, pensaba en ella todos los días. Ultimamente he sabido que ahora la tocaba ser desgraciada; que su niña Antonia era pobre y se iba á casar sin dote, y he querido traerla mi regalo de bodas.

Inútil es decir la acogida que recibió en la familia el pobre agradecido que con tanta oportunidad se presentaba á pagar lo que él consideraba como una deuda.

El penúltimo domingo del año que acaba de espirar ha tenido lugar en el teatro del Conservatorio de música y declamacion de París un acontecimiento musical de la mas alta importancia. Ejecutábase por la primera vez una obra nueva de Rossini, el *Canto de los Titanes*, que el maestro habia puesto á la disposicion de la Sociedad para contribuir á la suscripcion abierta en Italia, á fin de elevar en Florencia un monumento al célebre Cherubini.

A las dos de la tarde un público escogido invadia el teatro. Veíanse allí notabilidades de todo género, artistas y elevados personajes del mundo oficial y de la aristocracia. La señora de Rossini se encontraba en el palco de Auber, y el palco imperial estaba ocupado por el conde Walewski.

El concierto principió por la obertura de *Anacreonte*, y un coro de *Blanca de Provenza*, de Cherubini; despues la orquesta ejecutó un precioso aire de baile de Beethoven, y por fin en medio del mas profundo silencio, resonaron los primeros acordes del *Canto de los Titanes*.

Imposible seria describir el efecto de esta pieza maravillosa ejecutada por la orquesta del Conservatorio y por cuatro artistas como los señores Obin, Fauve, Cazaux y Belval, bajos de la Grande Opera. Contra todo lo que el público esperaba, el efecto musical se encuentra sobre todo en la orquestacion; la melodía no existe, y las voces de ese canto sobrenatural, fulminante y terrible, se pierden en la borrasca armónica de la orquesta.

El público en masa se levantó y pidió la repeticion de esta obra maestra, aclamando á su autor con entusiasmo. Si este triunfo pudiera en fin decidir á Rossini á dar al teatro su *Juana de Arco*, famosa antes de nacer, estos aplausos vendrian á marcar una fecha memorable en la historia del arte.

Nada de nuevo en los teatros. El Italiano prosigue su marcha acostumbrada; óperas conocidas hasta la saciedad, como *Norma*, *Rigoletto*, el *Trovador*, etc., desempeñadas unas veces por los principales artistas de la compañía, y otras por nuevos cantantes, pues no es achaque del empresario actual el mostrarse avaro de ajustes. En la *Norma* ha salido un tenor llamado Brini, dotado de bastante voz, cosa rara en los tenores del día, que gustó suficientemente para que se haya despertado el deseo de oírle en otro papel de mayor importancia. En la semana última se estrenó tambien la señorita Guerra en *Rigoletto*; esta nueva cantatriz tiene buena figura, canta bien, y el público la dispensó una acogida lisonjera. Entre tanto se acerca la época de la llegada de Tamberlick, á quien esperan con ardor sus entusiastas admiradores.

Los periódicos de teatros anuncian que el señor Calzado ha obtenido la autorizacion competente para levantar un teatro, y que este edificio, destinado á las funciones de la compañía italiana, se construirá en el nuevo boulevard Malesherbes.

Un incidente muy singular ha turbado en las últimas noches la representacion de *Atalia* en el Teatro Francés.

Un espectador de barba tanosa y de facciones acentuadas interrumpió dos veces á los actores con palabras incoherentes que eran á la vez una reclamacion y una protesta; la policía le hizo callar y le mandó salir á la calle inmediatamente.

Parece ser que el autor de este intermedio cómico es un entusiasta de la tragedia, que á toda costa quería tomar parte en la representacion, declamando versos de Racine.

Hace algun tiempo, en una representacion de *Poliuto*, habia manifestado ya la intencion de suplir ó de suplantar al célebre trágico Beauvallet en ese papel que desempeña con tanta maestría; nuestro hombre fué tambien arrojado á la calle en aquella ocasion, y se desquitó declamando en medio de la plaza del Palacio Real unas cuantas tiradas de alejandrinos en presencia de un corro de curiosos que tomaba la tragedia al aire libre por un divertido sainete.

Los diarios de París han publicado esta semana las listas cronológicas francesas del año 1861; la muerte no ha andado escasa en hacer víctimas; hé aquí las que deploran las ciencias y las artes:

ACADEMICOS.

Scribe. — Lacordaire.

PINTORES.

Alfred Géniole. — Dumée. — Léon Martin. — Jules Laure. — Alexandre Ledieu. — Abel de Pujol. — Mme Sophie Denne-Baron. — Hurtrel. — Siméon Fort. — Tudot.

ESTATUARIOS.

Diebolt. — Griffoul-Dorval.

COMPOSITORES.

Niedermeyer.

MUSICOS.

Teodore Faivre. — Simon Libert. — Davrange. — Guignet. — Alexandre Ropicquet. — Alexandre Boucher.

ARTISTAS DRAMATICOS.

Vissot. — Hoffmann. — Mlle Augusta. — Vizentini. — Mlle Gremilly. — Mlle Blonval. — Mlle Fernand. — Philippe. — Mme Luthier Félix. — Mme Rose Chéri. — Mme viuda Thénard. — Mademoiselle Esther de Bongars.

CANTANTES.

Rousseau-Lagrave. — Mlle Prévost. — Ricquier. — Sarah Duprat. — Mlle Cambardi.

BAILARINES.

Madame Rémond (Mauperin 1ª). — Marietta Poccini. — Mademoiselle Scheller. — Mme Fossli.

AUTORES.

Henri Murger. — Mme Fraissinet. — Eugène Guinet. — Guste Supersac. — Leymarie. — Paul Duplessis. — Antoine Fauchery. — Adolphe Dumas. — Jacques Lambert. — Guérin de Litteau. — Edmond Roche.

PERIODISTAS.

Charles de Riancey. — Paul d'Ivoi. — Eugène Barest. — Bordot. — Cauchois-Lemaire. — Georges Zimmer. — Edouard Bourdet. — de Selle. — Varaigne. — Henri Abel. — Guichardet. — Bignan.

A esta lista hay que añadir un nombre que aunque indirectamente debe figurar en ella, el de madama Herold, viuda del célebre autor de *Zampa*, el *Pré aux Clercs*, etc., que ha muerto en París el último día de 1861 á la edad de cincuenta y cinco años.

Habiéndose quedado viuda muy jóven aun del compositor ilustre cuyo nombre llevaba, madama Herold se habia consagrado enteramente á la educacion de sus hijos, y ha fallecido de resultas de una enfermedad contraida durante la enfermedad de su nieto cuya pérdida la habia sido insoportable. Todos los periódicos elogian su viva inteligencia, su generosidad y sus virtudes.

MARIANO URRABIETA.

Ultima enfermedad y muerte del R. P. Lacordaire.

OPUSCULO ESCRITO POR EL R. P. MOUREY, PRIOR DE LA TERCERA ORDEN ENSEÑANTE DE SANTO DOMINGO, DIRECTOR DEL COLEGIO DE SOREZE.

I.

Un lúnes de la primera mitad de la cuaresma de 1860, el R. P. Lacordaire se habia levantado antes de las cinco de la mañana, segun su costumbre, y despues de meditar por espacio de tres cuartos de hora sobre un texto de san Pablo, y de prepararse para celebrar el santo sacrificio de la misa, fue acometido en el mismo altar de agudos dolores en la cabeza y los riñones, dolores que le obligaron á retirarse precipitadamente á su celda. Serian las siete cuando al verme exclamó desde su cama: « ¡Ay, amigo mio, cuánto padezco! ¿Qué será esto? »

El médico reconoció los sintomas mas alarmantes: helidez en todo el cuerpo, dolores persistentes, un temblor general. Por manera que bien puede asegurarse que desde aquel día la salud del P. Lacordaire quedó quebrantada para siempre.

¿Deberá atribuirse esta desgracia á un exceso de trabajo y á la penitencia, ó á una profunda melancolia producida por los desengaños de los hombres y las cosas? No lo sé; pues ni el constante estudio que he hecho de su carácter, ni las confianzas que le he merecido me autorizan á afirmar cosa alguna sobre el particular. Pienso si que todas estas causas juntas han sido parte á quebrantar la fortaleza de un hombre tan sensible y robusto. En mas de una ocasion le he oído hablar, ya de su febril ardor al trabajo desde su salida del seminario, ya de las diferentes peripecias de una vida agitada, ora de la injusticia ó ingratitud, ora de las trabacuentas y sinsabores con que habiase visto agobiado. Y las personas que le conocieron tendrán tambien presente su imponderable austeridad.

A poco de haberse despedido el médico le sobrevino una especie de delirio; — yo me habia quedado solo con él. No habló mas que del papá, de sus trabajos y desgracias. En efecto, esta era la idea que embargaba por completo su alma.

El P. Lacordaire era adicto por fe y por instinto al principio de la gerarquía. Jamás habra hombre alguno que crea con mas veras en el « Sacramento de la gerarquía »: pero su culto hacia el sumo pontífice iba acompañado desde mucho tiempo, y sobre todo desde el advenimiento de Pio IX, á quien llamaba el Luis XVI del papado, de algo mas que de suma ternura; casi me atreveré á decir de compasion.

Lo que dijo durante el delirio lo ha repetido despues frecuentemente: los peligros de Roma eran su constante preocupacion.

Vuelto en sí al cabo de tres cuartos de hora, me dictó, como pudo, una carta de adhesion á M. Cochin, sobre los asuntos de Italia.

Esta primera crisis duró quince dias.

II.

Por Pascua le creimos resucitado. Sus penitentes acudieron de nuevo á él; todo el colegio recibió la Comunión de su mano: habia vuelto á sus hábitos ordinarios; despachaba su correspondencia de las ocho á las doce del dia; con su Instituto; daba sus paseos por el parque; luego empleaba un cuarto de hora en la lectura del *Diario de Tolosa*, y regresaba á su gabinete donde se ocupaba en escribir y en su correspondencia hasta la noche: esta era la hora en que recibia á los alumnos para hablarles de virtud, de caridad y de penitencia. Los pobres niños se arrodillaban contentos á sus piés, con las manos sobre sus rodillas y la frente sobre su corazon. Y en verdad que él no se consideraba menos feliz de infundirles ampliamente el espíritu cristiano, para combatir, segun decia, por medio de la humildad y la penitencia la natural salvaticidad de la juventud.

Mas tarde bajaba á la capilla, veia á los niños en el refectorio y volvía á su celda, donde pasaba de ordinario mas de dos horas andando á paso largo, y entregado á sus rezos y meditaciones. Esta era su vida.

— ¿Qué cambiaria Vd. á la suya, me preguntó un dia, si lo que no es posible, le demostrasen á Vd. que el Evangelio no es verdad?

— Y Vd., padre, le contesté.

— Yo nada, amigo mio; es tan conforme á la razon.

III.

Siempre que recuerdo nuestras últimas conversaciones en el parque de Soreze, interrumpidas por intervalos de silencio que duraban á veces tres cuartos de hora, me parece que lo estoy oyendo todavia acerca de estas grandes cuestiones, á las que habia consagrado su vida entera. Hablaba mucho de Roma, y si bien se separaba en cuanto al lenguaje y la opinion de los que solo ven un estado de invariable perfeccion en las condiciones humanas y temporales del papado, distaba mucho mas aun de las católicas de los sacerdotes que se muestran poco convencidos de la necesidad de una soberania temporal é indiferentes á su conservacion. Yo daría mi sangre, solia decir, por este dogma natural conforme á la razon y á la Providencia. ¿Dudar de esto un sacerdote! ¿En qué tiempos vivimos? Por lo demás, es harto sabido que tiene consignada esta profunda conviccion en su folleto titulado: *La libertad de la Iglesia y de la Italia*, dictado en menos de ocho horas á dos secretarios. Este ingenioso talento se afanaba buscando las mejores combinaciones posibles para conciliar á la vez todos los derechos, todos los intereses. En sus opiniones privadas fué siempre equitativo, imparcial, cual corresponde á un cristiano, á un sacerdote, al propio tiempo que ostentaba gran miramiento, suma deferencia hacia las personas colocadas en mejor posicion para juzgar con mas acierto, y sobre todo con verdadero conocimiento de las dificultades que ofrece un pais donde habia vivido y que él conocia. « Sucede en esto, decia, como con nuestros alumnos: si, nos juzgan sin conocernos, del mismo modo que nosotros juzgamos á los gobiernos. ¡Un sacerdote contristar públicamente al papa! Pero si hubiese algo que hacer, aguardase á la Providencia. Como quiera, seria tan odiosa la tarea, que Dios sin duda solo á los picaros la confiaria. »

Por lo demás, asi como no se asustaba por la suerte del papado, le afligia el menor disgusto ocasionado al papa; y con relacion á nosotros solo temia las indiscreciones de algunos amigos y la ciega tempestad en que tarde ó temprano desaparecerian envueltos los enemigos.

IV.

Hasta un mes antes de su muerte hablaba familiarmente de política. Esta era en su sentir la vasta aplicacion de los principios de justicia y caridad. Asi es que no creia, atendida la naturaleza de este orden de cosas, que debiera excluirse de ella al sacerdote; y veia ademas, tanto en la conducta de los gobiernos como en la actitud de los católicos hacia aquellos, un inmenso interés para la Iglesia. Veneraba, como lo tiene escrito, á esos piadosos sacerdotes que en determinadas ocasiones no rehusan el papel de grandes ciudadanos. La conducta firme y patriótica del clero polaco le conmovió hasta en su lecho de muerte.

Estos principios formaban la base de su vida. Pero cuando pasaba de la teoria á la aplicacion, infundiale perplejidad la situacion de los partidos: vacilaba en la eleccion. Diré mas, opino que nunca se decidió á escoger, porque tal vez no queria ver en la política sino la justicia y la caridad. Cónstame, sí, lo que le repugnaba tocante á una gran nacion por lo menos: el estado democrático. Podia creer en su advenimiento fatal y tratar de otorgarle carta de ciudadanía; pero esta forma no decia ni con su temperamento ni con sus ideas, tratándose de la Francia. Cónstame tambien cómo pensaba por razon y por instinto. — « Vivo todavia, me decia, en la época de Royer-Collard, y confieso con rubor que no he andado un paso mas; pareceme que el gobierno constitucional adoptado con lealtad por una y otra parte seria la salvacion de los pueblos

y de los reyes, sobre todo respecto de nuestra monarquía, y que esta misma necesidad llama al trono una raza hereditaria capaz de contrapesar con la majestad de la tradicion los excesos inevitables del liberalismo. Y aun por este lado, ¡cuántos lunares, cuántos temores! »

Fuera del terreno de los principios asemejábase á la paloma del arca. No sabia donde posarse.

Por lo demás es una verdad innegable que jamás ofendió á nadie. Ningun partido puede guardarle rencor, á no ser el que haya sentido que no lastimara á sus adversarios.

Ahora, si fuese dable que á pesar de su nunca desmentida fidelidad á los principios de caridad y justicia, abrigase su corazon alguna severidad, solo podria ser contra aquellos que haciendo alarde de reclamar la libertad cuando eran los mas débiles, la negaron á los demás cuando eran los mas fuertes. Aparte esta circunstancia, fué siempre mesurado, simpático con todas las opiniones honradas, indulgente con las personas y reservado en cuanto á las intenciones. Su fe en la Providencia, una fe de fundador, le servia de auxiliar para saber aceptar, aun á despecho de sus preferencias, toda fundacion por las vias naturales y pacíficas. De esta manera cruzó la vida con muchos amigos, pero sin ser partidario de nadie; honrado de todos, excepto quizás de aquellos que fueron capaces de insultarle en su postrer hora, y acerca de los cuales solia decir que convenia lavarse las manos, despues de haber leído sus escritos.

V.

Los dias y los meses se deslizaban en medio de estas conversaciones y la vida del padre con ellas. Continuaban como antes las tareas comunes: gobierno de las dos familias, la de los hermanos predicadores y la de la tercera orden enseñante de Santo Domingo, visitas á sus conventos, fundacion del comité de los Santos Lugares de Provenza, cuestaciones para el sostenimiento de su querido noviciado de San Maximino, direccion constante del colegio de Soreze, sermones en la capilla, y confesiones de los alumnos cada sábado: en medio de tantas ocupaciones el escaso ahorro de una hora diaria para preparar su discurso de recepcion en la Academia francesa; todo en fin marchaba con la precision y el temple ordinarios. Empero, la ciencia habia declarado la existencia de una anemia y ordenado el reposo. La influencia del mal se extendia al corazon, al estómago y á los intestinos. Un enflaquecimiento visible revelaba sus estragos.

Así las cosas, llegó el mes de enero, y una mañana el padre llamó á su confesor y le dijo: Amigo mio, aqui tiene Vd. concluido mi trabajo sobre M. de Tocqueville. Mas deme Vd. francamente su opinion acerca de mi entrada en la Academia. Ya lo sabe Vd. El general de la orden no pone ningun reparo, y por mí se decir que preferiria morir en paz, si en ello no encuentra Vd. inconveniente alguno. Piénselo Vd. bien; el asunto es importante. Haré lo que Vd. disponga.

El confesor le contestó que su entrada en la Academia era un suceso providencial, que era la oportuna admision de las órdenes religiosas al derecho comun en la primera asamblea literaria del mundo, una especie de consagracion de sus principios sobre la alianza de la libertad y la religion; en una palabra, el cumplimiento de los últimos deseos de la señora de Swetchine, de sus muchos amigos y como la coronacion de sus obras. — Piénselo Vd. todavia, me dijo. — Al siguiente dia le di la misma contestacion. — Está bien, iré. — Tal fué su respuesta.

Entró en la Academia por obediencia, en obsequio á los fueros de la verdad y por nosotros. Volvió muy complacido con la cordial acogida que le habian dispensado muchos hombres respetables. Escribíome sobre esto mismo diciendo: « Me han dispensado la acogida mas cordial; y luego añadia lo siguiente: Uno de los fundadores del *Correspondant* se hallaba hace poco en Roma. Su Santidad se dignó admitirle en audiencia particular. Tenia sobre su mesa un número del *Correspondant*. — Hé aqui, dijo el papa, una interesante Revista que nos está prestando buenos servicios. Pronunció palabras laudatorias acerca de los nombres de los colaboradores estampados en la cubierta, añadiendo: hay otros todavia: M. de Montalembert y ese querido padre *Lacordaire*. Ha de saber Vd., amigo mio, que estas últimas palabras fueron pronunciadas con acento expresivo, y por dos veces. Solicitada la venia para poderlas repetir, contestó Su Santidad: Sí, sí, no hay ningun inconveniente.

« Adios, mi querido padre: tantas cosas á nuestros religiosos, particularmente á los PP. Houllés y Lécuyer. Escribame Vd. con frecuencia y cuénteme Vd. todo lo que ocurra en el colegio. Siempre suyo cordialmente. »

Tales eran sus ideas en medio de sus triunfos.

VI.

Durante el presente año 1861 multiplicáronse los cuidados y los esfuerzos para combatir el progreso de la enfermedad. Despues de la cuaresma en que predicó á nuestros niños sobre el *deber*, fueron de parecer los médicos, para hacerle mudar de aires, que aprovechase la hospitalidad con que le brindaba « una antigua y respetable amistad. » Partió muy á pesar suyo, y á poco escribia: « qué largo se me hace el tiempo », y mas adelante: « cuánto me halaga la idea de volver á Soreze, de ver á nuestros religiosos, á nuestros niños, á todos los nuestros, y particularmente á Vd. »

Volvió en el mes de junio, pero precedido por una consulta desesperada que él mismo copió, remitiéndomela con las siguientes palabras: « Este es mi estado, querido padre mio. » Toda la comarca salió á su encuentro. ¡Habia favorecido tantas veces á esta buena gente con el trabajo! ¡Quería tanto á los pobres! Los jardineros llenaban su coche de flores. Las corporaciones le esperaban con sus banderas, los colegiales estaban sobre las armas. Las casas del pueblo estaban empavesadas y por todos lados veíanse inscripciones las mas cariñosas. Al bajar del carruaje, á la entrada del pueblo, fué saludado con una inmensa exclamacion de alegría.

Principió á andar entre el cura y nosotros, rodeado de sus discípulos y de los vecinos, todos hijos suyos. Cada uno al verle pasar exclamaba: ¡viva el padre! y enjugaba una lágrima. Llegó al colegio y nos dijo: « Gracias á Dios ya estoy aqui con todos Vds., *ad videndum et ad commoriendum*. » — Apenas hubo entrado en su celda quiso confesarse, pero no pudo arrojarse. Toda mi vida recordaré la turbacion suya de verse obligado á sentarse. Interrumpió la primera señal de la cruz para decirme una vez mas: « Perdóneme Vd., pero no puedo estar de rodillas. »

(Se concluirá.)

El príncipe Alberto.

APUNTES BIOGRAFICOS. — SU FALLECIMIENTO Y SUS FUNERALES.

Francisco Alberto Carlos Manuel, hijo segundo de Ernesto, duque de Sajonia-Coburgo-Gotha, nació en 26 de agosto de 1819. Su educacion fué muy esmerada, y en edad temprana manifestó tener excelentes disposiciones para las artes y las letras. Acababa de terminar sus estudios de derecho en la universidad de Bonn, cuando su padre le condujo á Londres para asistir en 1838 á la coronacion de la reina Victoria.

Sus cualidades personales le designaron á la eleccion de la reina entre los pretendientes que aspiraban á su mano. El rey Leopoldo, cuyos consejos eran de mucho peso para la reina, favoreció por otra parte este proyecto de union, que se anunció públicamente en un consejo privado, celebrado en el palacio de Buckingham en 28 de noviembre de 1839.

El casamiento se celebró el año siguiente, el 10 de febrero de 1840, y tuvieron cuatro hijos y cinco hijas, la última de las cuales nació en 1857. El príncipe Alberto recibió al casarse los títulos de Alteza Real, de feld-mariscal y de consejero privado, y una lista civil de 30,000 libras esterlinas.

A las dignidades que mas adelante se le confirieron, agregó algunos títulos literarios que estaban acordes con sus gustos y estudios: fué elegido presidente de la Sociedad zoológica, y la universidad de Cambridge le envió los diplomas de doctor en letras, en derecho y en filosofía.

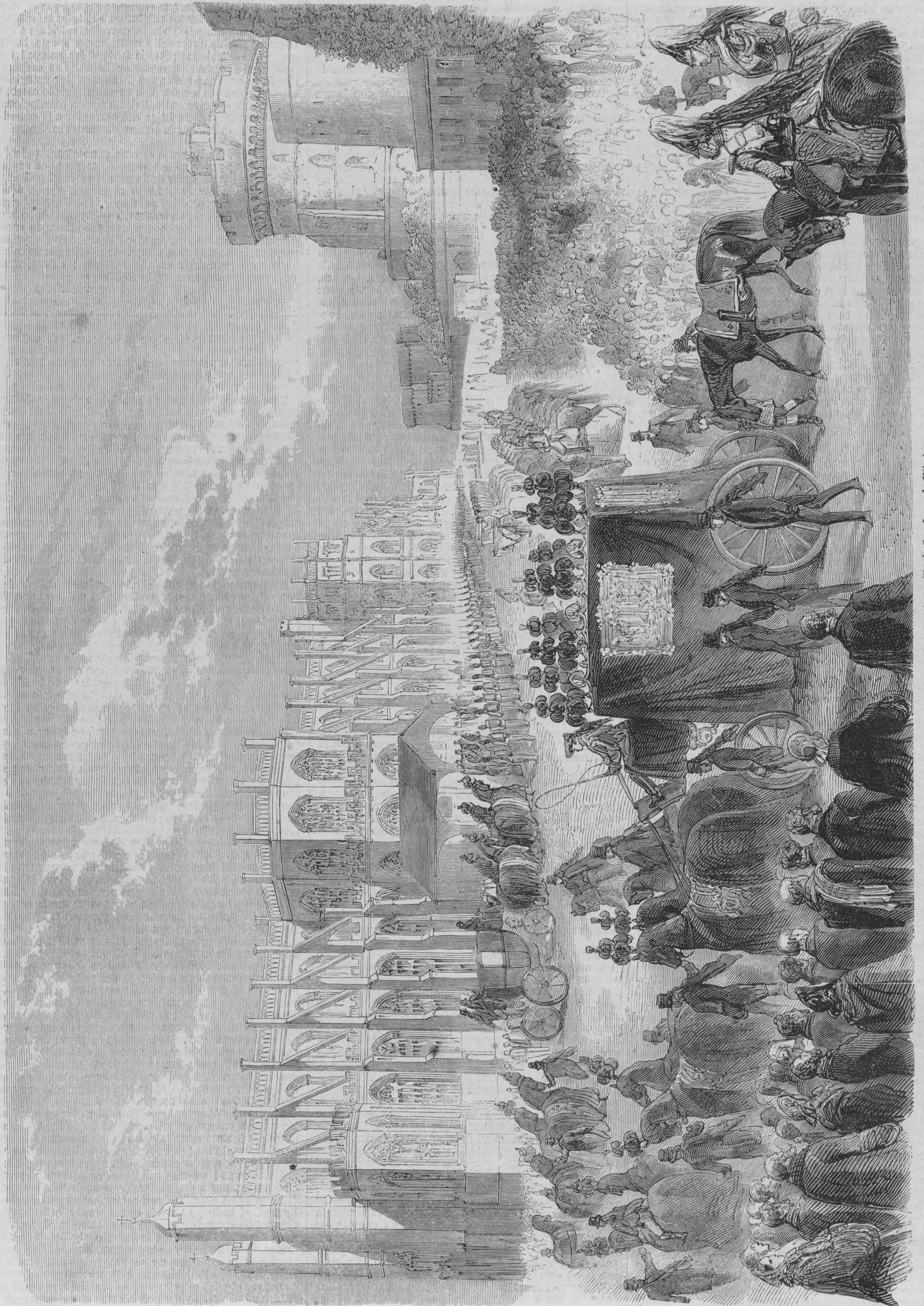
Se sabe la parte importante que tomó en la exposicion universal de 1851, de la cual fué el verdadero organizador. El patrocinio que concedió constantemente á las letras y á las artes, su completa adhesion á su nueva patria y las virtudes privadas de que fué un modelo en el seno de la familia real, le granjearon insensiblemente las simpatías de todas las clases, de modo que cuando se le confirió en 1857 el título de príncipe-consorte, mereció los aplausos de toda la nacion.

El príncipe Alberto habia llegado á ser muy popular en Inglaterra, lo cual es el mayor elogio que puede hacerse de un príncipe extranjero, y conquistó legítimamente la carta de naturaleza que se le habia concedido en la época de su casamiento. Así pues, su pérdida será muy sentida en Inglaterra, y lo podemos juzgar ya por la expresion de las simpatías manifestadas por los periódicos de Londres al anunciar su muerte.

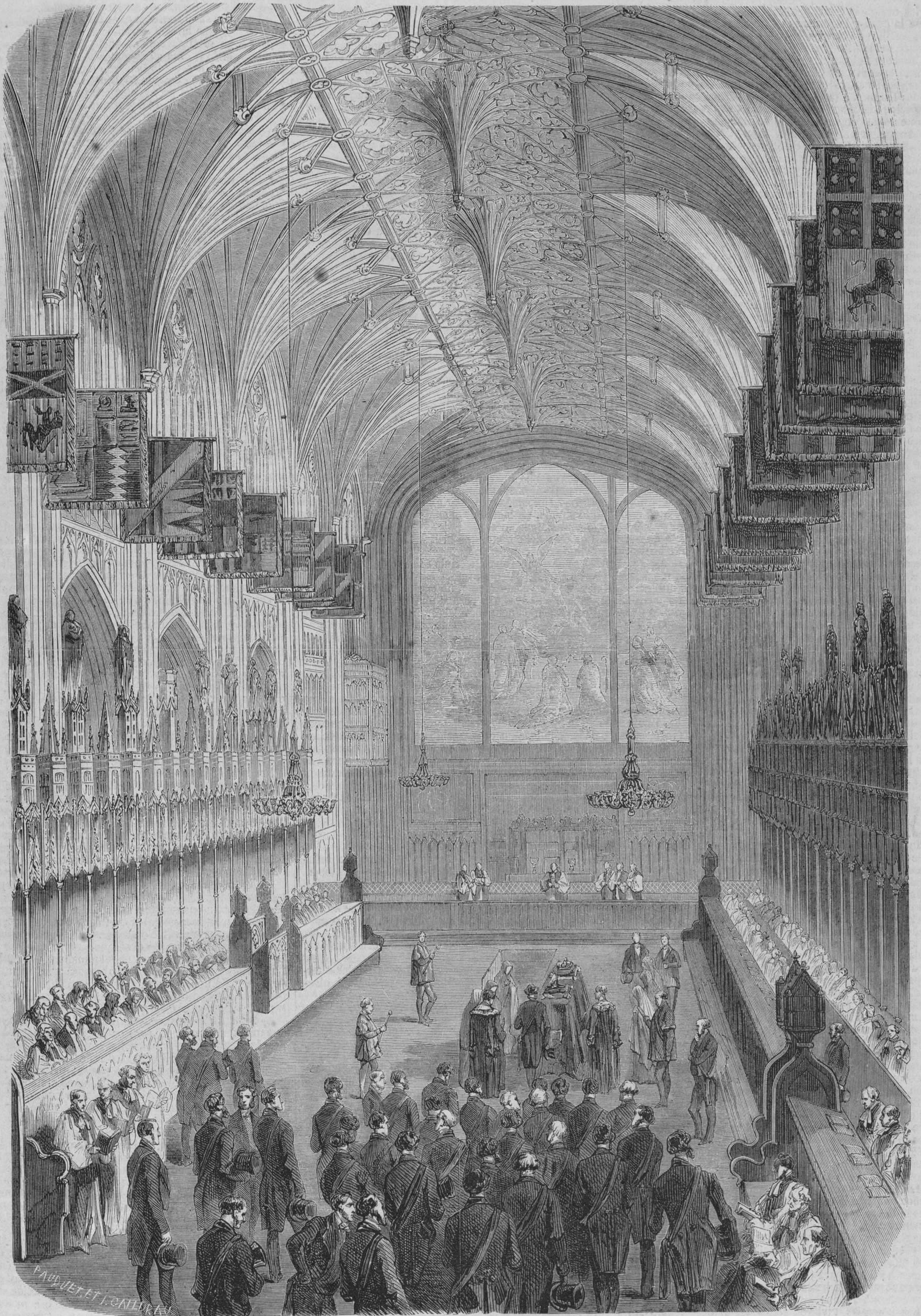
Hé aqui el interesante artículo que consagra el *Times* á los últimos momentos del príncipe Alberto:

« No es curiosidad lo que la nacion siente respecto á los últimos dias de la existencia del príncipe-consorte, ni es con el deseo de satisfacer aquel sentimiento que vamos á dar algunas noticias relativas á esos amargos dias; pero la tristeza de S. M. ha excitado tantas simpatías, que el público merece ser enterado de los últimos acontecimientos que tanto interés le inspiran. Por nuestra parte desempeñaremos gustosos esta triste tarea, puesto que al propio tiempo que anunciamos la muerte del príncipe, podemos asegurar el buen estado de salud de la reina, y decir que sobrelleva su desgracia con una admirable firmeza de corazon. »

El príncipe Alberto, hacia unos diez dias que se habia puesto enfermo, declarándose desde luego síntomas de calentura acompañados de una indisposicion general. Durante los primeros dias la enfermedad no se creyó grave; á primeros de la semana última tanto los médicos como las demás personas que asistian al príncipe empezaron á manifestar cierta ansiedad. Reconocióse que aun cuando el mal no tomase un carácter peligroso, el príncipe tendria que guardar cama algun tiempo. Excusamos decir que no se tomó medida alguna que pudiese alarmar á la reina ó al público inútilmente, por creerse que no habia necesidad de ello. Hasta el viernes la calentura no se propagó á la cabeza del enfermo, y esto lo debilitó en extremo; en este dia fué cuando se publicó el primer parte oficial de los médicos, si bien manifestando que los síntomas no eran alarmantes. Creyóse que la enfermedad era una calentura gas-

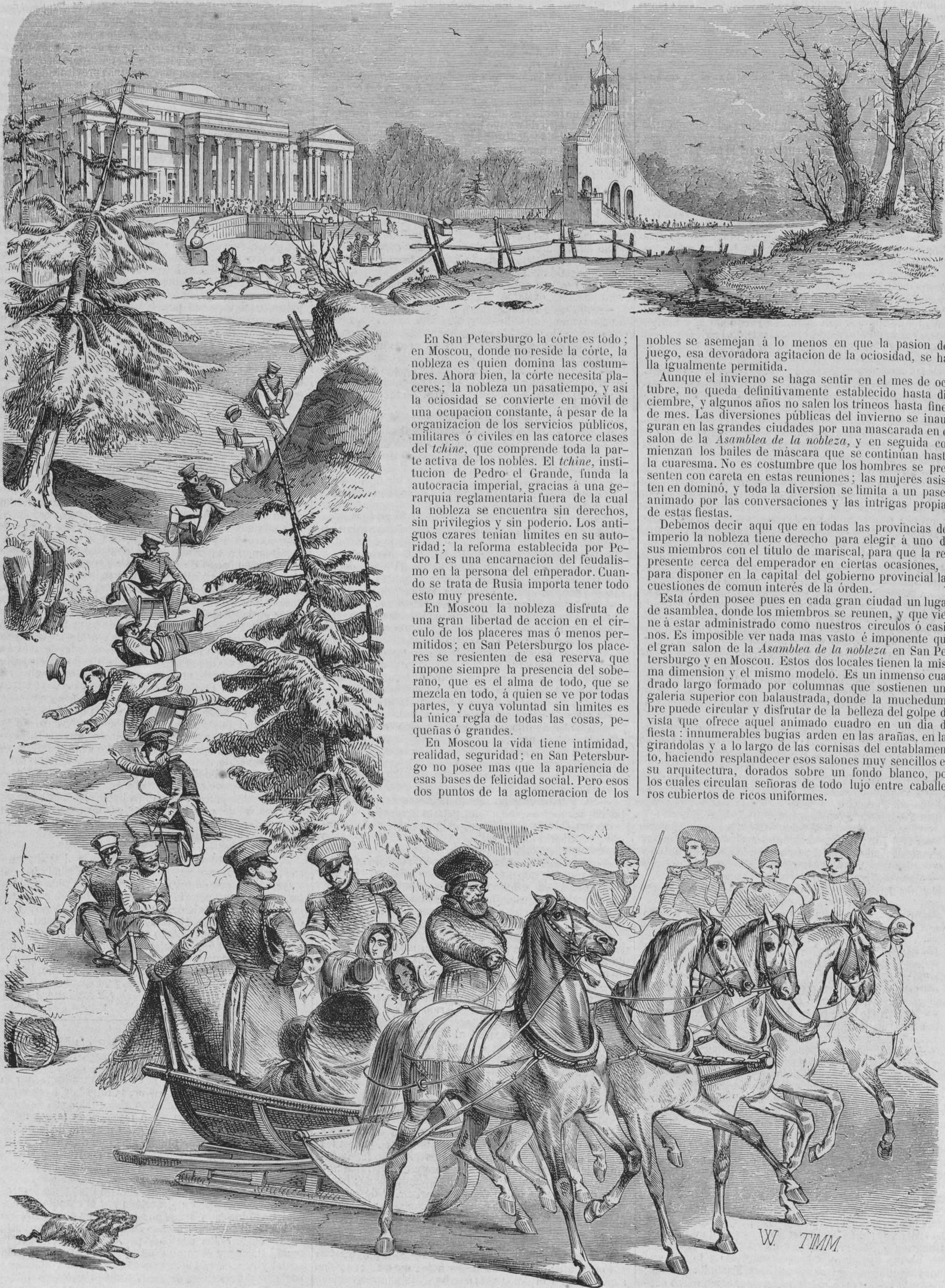


Funerales del príncipe Alberto. — Llegada del cortejo á la capilla de San Jorge de Windsor.



Funerales del príncipe Alberto. — Servicio en la capilla de San Jorge de Windsor.

PAUQUET ET LONDEAU



En San Petersburgo la corte es todo; en Moscou, donde no reside la corte, la nobleza es quien domina las costumbres. Ahora bien, la corte necesita placeres; la nobleza un pasatiempo, y así la ociosidad se convierte en móvil de una ocupación constante, á pesar de la organización de los servicios públicos, militares ó civiles en las catorce clases del *tchine*, que comprende toda la parte activa de los nobles. El *tchine*, institución de Pedro el Grande, funda la autocracia imperial, gracias á una gerarquía reglamentaria fuera de la cual la nobleza se encuentra sin derechos, sin privilegios y sin poderío. Los antiguos czares tenían límites en su autoridad; la reforma establecida por Pedro I es una encarnación del feudalismo en la persona del emperador. Cuando se trata de Rusia importa tener todo esto muy presente.

En Moscou la nobleza disfruta de una gran libertad de acción en el círculo de los placeres mas ó menos permitidos; en San Petersburgo los placeres se resienten de esa reserva que impone siempre la presencia del soberano, que es el alma de todo, que se mezcla en todo, á quien se ve por todas partes, y cuya voluntad sin límites es la única regla de todas las cosas, pequeñas ó grandes.

En Moscou la vida tiene intimidad, realidad, seguridad; en San Petersburgo no posee mas que la apariencia de esas bases de felicidad social. Pero esos dos puntos de la aglomeración de los

nobles se asemejan á lo menos en que la pasión del juego, esa devoradora agitación de la ociosidad, se halla igualmente permitida.

Aunque el invierno se haga sentir en el mes de octubre, no queda definitivamente establecido hasta diciembre, y algunos años no salen los trineos hasta fines de mes. Las diversiones públicas del invierno se inauguran en las grandes ciudades por una mascarada en el salón de la *Asamblea de la nobleza*, y en seguida comienzan los bailes de máscara que se continúan hasta la cuaresma. No es costumbre que los hombres se presenten con careta en estas reuniones; las mujeres asisten en dominó, y toda la diversion se limita á un paseo animado por las conversaciones y las intrigas propias de estas fiestas.

Debemos decir aquí que en todas las provincias del imperio la nobleza tiene derecho para elegir á uno de sus miembros con el título de mariscal, para que la represente cerca del emperador en ciertas ocasiones, y para disponer en la capital del gobierno provincial las cuestiones de comun interés de la orden.

Esta orden posee pues en cada gran ciudad un lugar de asamblea, donde los miembros se reúnen, y que viene á estar administrado como nuestros círculos ó casinos. Es imposible ver nada mas vasto é imponente que el gran salón de la *Asamblea de la nobleza* en San Petersburgo y en Moscou. Estos dos locales tienen la misma dimensión y el mismo modelo. Es un inmenso cuadrado largo formado por columnas que sostienen una galería superior con balastrada, donde la muchedumbre puede circular y disfrutar de la belleza del golpe de vista que ofrece aquel animado cuadro en un día de fiesta: innumerables bugías arden en las arañas, en las girandolas y á lo largo de las cornisas del entablamiento, haciendo resplandecer esos salones muy sencillos en su arquitectura, dorados sobre un fondo blanco, por los cuales circulan señoras de todo lujo entre caballeros cubiertos de ricos uniformes.

Las montañas de hielo.

Aquí festeja la nobleza al emperador y á su familia; aquí tienen lugar las reuniones públicas mas solemnes, los conciertos de las grandes celebridades musicales; y para dar una idea de sus proporciones, diremos que, sin que haya graderías ni anfiteatro para sentarse, el producto de un concierto por poco concurrido que esté, se eleva casi siempre de veinte á treinta mil rublos, á diez rublos el billete de entrada.

La mascarada de la Asamblea de la nobleza sucede ordinariamente al baile de sociedad de los miembros de la órden, sin que haya interrupcion alguna; á las doce de la noche entra, por su dinero, un nuevo público, y las máscaras se confunden con la muchedumbre que ya guardaba el salon; cesan los bailes, y la orquesta ya no toca mas que polcas, que son como unas marchas que protegen con su poderosa voz todas las conversaciones particulares. Entonces muchas señoras se retiran poco á poco, así como la familia imperial.

La etiqueta exige que nadie reconozca al monarca, aunque vaya vestido con su traje de costumbre. Todas las señoras enmascaradas pueden dirigirle la palabra y tomar su brazo, y así puede circular entre la muchedumbre sin que parezca que fijan la atencion en él. A veces suele estar sentado en un rincón con un dominó que le ha tomado por su cuenta, y cuya conversacion parece interesarle. En la mascarada es de rigor hablar francés, y así sucede que mas de una vez el soberano se encuentra en la precision de entablar un diálogo con alguna modista escapada de la calle Vivienne. Las señoras de la alta sociedad de San Petersburgo se aprovechan tambien de la ocasion para excitar la curiosidad del emperador, y estos coloquios deben ser para él tanto mas divertidos, cuantas mas personalidades contienen.

Nicolás I se complacia en permanecer en la fiesta despues que habia salido del salon la familia imperial, y sobre este punto se cuenta que una noche el monarca fué completamente usurpado por un dominó á quien él no quiso abandonar, tan interesantes eran sin duda sus revelaciones.

Sabido es que el emperador Nicolás era de alta estatura y no tenia costumbre de doblarse. La mascarita á que nos referimos, era por el contrario una mujer pequeña, un compendio de las maravillas de los cielos, segun el dicho de Moliere.

De repente, despues de haber surcado en todos sentidos el dédalo de la muchedumbre, el dominó haciendo un esfuerzo se detiene.

— Señor, le dije, tengo que pedir una gracia á Vuestra Majestad.

— ¡Oh! mascarita, respondió el soberano, aquí no hay majestad, déjame de ese suplicio; el monarca abdica en la mascarada, mi manto imperial está en el guardarropa, y mi cetro colgado entre los bastones. Soy



Danza de gitanos moscovitas.

Nicolás á secas; llámame Nicolás el Grande ó el Pequeño, pero no otra cosa.

— En ese caso deberia decir Nicolás el Grande.

— Como quieras.

— Sin embargo, no podiais negarme la gracia que me veo en la precision de solicitar de V. M.

— No escucho nada sobre ese punto. ¿Porqué quieres turbar el placer que experimento en hablar contigo? No te conozco, ó al menos no te reconozco; no hay duda que serás encantadora; tu voz es suave, tu mano diminuta, y en cuanto á tus piés, seria preciso que me pusiera de rodillas para distinguirlos. Vamos, continúa; habla y paseemos: con que me decias...

— No, no haré un movimiento antes que V. M. me haya concedido el favor que debo reclamar de su alta justicia.

— ¿Sabes, mascarita, que tu acción es un tanto despótica?

— ¿Soy yo quien reina?

— Preciso es creerlo así, pues yo soy quien suplica... Marchemos.

— Vuestra Majestad suplica con el tono que emplea para mandar.

— Vamos, basta ya, mascarita; sé clemente.

Y el emperador, estrechando el brazo del dominó, iba á continuar su paseo; pero la mujer no cejó en su resistencia.

— No, repuso, no daré un paso si V. M. no consiente en otorgarme el favor que espero de su bondad.

Entonces, cambiando de tono, el monarca la dijo:

— Debeis saber, puesto que no ignorais muchas cosas que me conciernen, que yo concedo todo cuanto me parece justo. Me hareis el favor de presentarme mañana

por escrito el asunto de vuestra súplica, y os prometo atender á ella sin tardanza.

Y volviendo á tomar el lenguaje del hombre de mundo que trata de divertirse en un baile de máscaras, el emperador hizo un movimiento para proseguir andando, y continuó:

— Me hablabas de mi permanencia en Palermo...

— Señor, exclamó el dominó apoyando su brazo con mas fuerza en el del monarca, mañana no tendré nada que pedir á V. M.; es aquí y ahora mismo donde deseo que atienda á mi súplica.

— Señora, dijo el emperador con un ligero movimiento de impaciencia, cedo por galanteria; hablad.

— Pues bien, repuso el dominó vacilando á cada palabra, solicito humildemente de V. M... que me haga el favor... de bajar un poco su brazo... porque el mio se cansa.

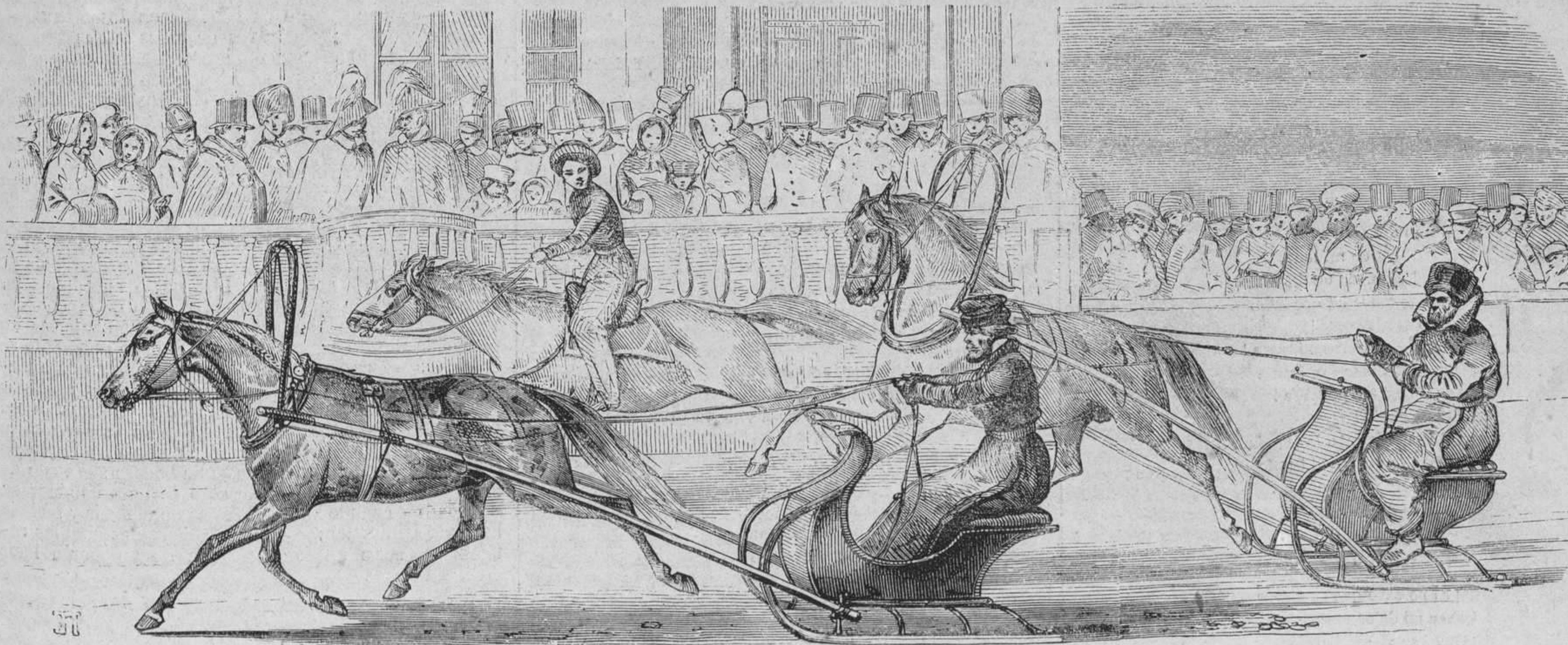
El emperador, que celebró mucho esta broma, colmó de obsequios y atenciones á la mascarita que se la habia dado.

Pero el baile de máscaras, como los bailes de salon, y las funciones de ópera italiana, no son mas que imitaciones de las costumbres europeas, importaciones del Occidente, y no placeres característicos de un pais: estos se deben buscar en las costumbres nacionales.

Durante el invierno levantan en Rusia grandes montañas de hielo por las cuales se precipita la gente sentándose en una tablilla; este ejercicio, y principalmente las carreras en trineo, forman las principales diversiones de la estacion, aunque los trineos sean los vehiculos de un uso diario. Para estos paseos enganchan á un trineo tres caballos de frente; un troton en medio y los otros á los lados, enseñados todos ellos á galopar con la cabeza baja.

En Moscou principalmente suelen echar en ancas de los caballos una larga red, destinada á resguardar á las personas que van sentadas en el trineo de la nieve que los piés de los animales hacen volar en la rapidez de la carrera. Estos paseos tienen por objeto llegar á alguna posada de las cercanias para tomar té. Es imposible definir la sensacion de bienestar que se experimenta al entrar en esas posadas cuando uno se quita su leviton de pieles para calentarse, sin mas que por el efecto de la suave atmósfera que sostienen en el interior de las habitaciones.

En San Petersburgo se suele añadir á estas correrias emprendidas por diversion el atractivo de un peligro, es decir, de una especie de destreza que hay que demostrar en la direccion de los pequeños trineos que sirven para bajar las montañas de hielo. En el parque imperial de Yelaguine hemos visto muchos trineos que corrian á un vuelco infalible. Para preparar este juego atan al trineo principal una porcion de pequeños trineos aislados de distancia en distancia, y cada persona que va en ellos debe dirigir el suyo de modo que no vuel-



Carreras al trote en trineo.

que en la nieve, siendo tanto mas difícil libertarse de volcar, cuanto mas lejos se encuentra uno del vehiculo conductor en las sinuosidades de una rápida carrera; por eso el triunfo consiste en bajar sin accidente. Todo lo que hace un placer de la destreza y del peligro excita el amor propio, y es una verdadera diversion para un señor ruso el ver como ruedan por la nieve sus adula-dores y cortesanos.

Hay en Rusia muchas razas de caballos que poseen cualidades esenciales, independientemente de su her-mosura. Las yeguas de Orloff producen los animales mas estimados por su elegancia y sobre todo por su re-sistencia. Los trotones son objeto de una preferencia general, y por esto organizan carreras de trotones en-ganchados a ligeros trineos, que tienen lugar todos los domingos del invierno. Estas carreras se efectuan en San Petersburgo sobre el Neva y en Moscou sobre el Moskowa, cuando la solidez del hielo permite que las poblaciones corran por él sin peligro; la capa helada tiene por lo comun un metro, y á veces metro y medio de grueso. Por supuesto hay premios señalados para los que salen vencedores en estas luchas. El gran lujo de los ricos mercaderes rusos consiste en la posesion de un troton, cuyo precio se eleva con frecuencia á siete y ocho mil rublos.

En tanto que en San Petersburgo se complacen en las ilusiones de una existencia europea, imitando así las costumbres de Paris y Lóndres, en Moscou el antiguo espíritu de la nacion conserva las tradiciones asiáticas, y esto explica el atractivo particular que esta ciudad, de un aspecto pintoresco y original, ofrece á los viaje-ros. No hay duda que el árbol de Navidad, esa fiesta de los niños, importacion de la Alemania, excita allí como en San Petersburgo la mayor alegría en las familias aristocráticas, pero el pueblo no la conoce, y este solo se felicita con regalos en las fiestas de Pascuas.

Los bailes y los cantares de los gitanos constituyen en Moscou una diversion general y de fecha muy anti-gua. Estas danzas y cánticos tienen un carácter salvaje que sorprende al pronto, pero que luego seduce extraor-dinariamente. Es una especie de furia, un delirio enér-gico cuya conmocion llegan á sentir todos los especta-dores. La agilidad de los movimientos en el baile de los gitanos es increíble, y en sus cantares, el singular so-nido de las voces y la fuerza del compás forman una música excepcional sin igual en el mundo. Los aires es-tán casi todos en el modo menor, lo que establece un contraste muy chocante con el efecto que producen. Sin embargo el solo conserva siempre una expresion tierna y melancólica, que sea hombre ó mujer el que le cante, y luego de repente el coro entona el estribillo de una manera brusca y terrible como un aullido del desierto. La primera vez que oye uno estos cantares, le produ-cen una sorpresa indecible.

Los gitanos de Moscou tienen una especie de celebra-dad en el imperio; Ilia, su jefe, es muy conocido en la antigua capital, y Matrona, su compañera, disfruta de igual popularidad: pero hace años que han cesado de ofrecer el encanto casi obligatorio de la juventud, al menos para el baile. Los gitanos cantan en lengua rusa.

El coro y la danza pueden considerarse como los úni-cos placeres nacionales de los rusos, que tienen además el colupio durante el verano. El baile nacional ruso es encantador de gracia y de modestia: es un pequeño drama completo en el cual el pudor y la coqueteria des-empeñan su papel por parte de la mujer, en tanto que el hombre demuestra la astucia y la audacia que caracte-rizan el tipo distintivo de la raza eslava. En cuanto á los cantares, poseen todos ese hechizo primitivo del principio del arte: se oye siempre el quejido de la na-turalidad humana en sus primeros ensayos de la vida so-cial. La Rusia está en buena via de progreso, pero la deseamos que la ciencia de las bellas artes no la quite nada de lo que la debe quedar, la sencillez de la naturali-dad y la inapreciable dicha de contentarse con poco.

H. A.

La loca.

I.

El hijo del alma mia
Se partió ya de mi lado,
Y por el amor de un día
Mi eterno amor ha olvidado,
¡Dios clemente!
¡Que yo sin verle no muera!
¡Que pueda besar su frente
Con mi lágrima postrera!
¡Hijo mio!
¡Tal vez el mundo le engaña!...
¡Tal vez le vuelva el hastío
A la paz de mi cabaña!...

II.

¡Él no sabe que su olvido
Causa mi dolor profundo!...
¡Quizá se ve combatido
Por las tormentas del mundo!...

¡De engañarme

En mi amor de madre trato!...
¡No hay por qué pueda olvidarme!...
¡Me olvida, porque es ingrato!...
Quizá sea
— ¡Hijo de mi corazón! —
Ingrato, porque la aldea
No es campo de su ambición.

III.

De su amor dudo, y le ofendo;
¡Tal vez allá, en la ciudad,
Con su trabajo está siendo
Honra de mi ancianidad!...
¡Y algún día,
De su amor filial, tributo,
Me traerá con alegría
De sus trabajos el fruto!...
¡Y la muerte
No verá ya con temor!...
¡Qué madre no será fuerte
Junto al hijo de su amor?...

IV.

Pasados diez años van,
Y á mí no vuelve el impío...
¡Qué amores le detendrán
Que así olvida el amor mio?...
Ya me advierte
El tiempo, que llega el día
De mi muerte...
¡Y él no llega todavía!...
¡Y tanto es mi amor profundo,
Que de imaginar me espanto
Si no verá ya en el mundo
Al hijo que quiero tanto!

V.

¡Allí es la ciudad!... ¡Allí
Le hallaré!... ¡Ya no me extraña
Que se olvidase de mí
Y de mi pobre cabaña!...
¡Cuánta gente!...
¡Estoy temblando!... ¡Qué veo!...
¡Dios clemente!
¡Un patíbulo y un reo!...
¡Infeliz!... ¡Dios le perdone!...
¡Por su familia me aflijo!...
¡Nunca el cielo la abandone!...
¡Ah!... ¡le conozco!... ¡Es mi hijo!...

Y cuando el pueblo volvía,
Vista ya la ejecucion,
En torno se reunía
De una vieja que decía:
¡Perdon!... ¡Mi hijo!... ¡Perdon!...
Contrajo una carcajada
Su desmesurada boca,
Y corrió desatentada...
Y la gente alborozada
Gritó: ¡La loca!... ¡la loca!

CARLOS FRONTAURA.

Balada.

A la luz de la alborada
Yo te ví.
A los rayos de la luna
Yo te amé.
Y al arrullo regalado
Del amor que me has jurado,
En tus brazos me dormí.
Si despierto y no te miro
A mi lado,
Y al suspiro que en el viento
Lanza el alma
No respondes, ni lo calma
El acento
De tu lánguido suspiro...
Maldiciendo mi fortuna
En region muy apartada
Lloraré;
¡Y á otro día no verá
Ni la luz de la alborada,
Ni los rayos de la luna!...

LEOPOLDO BREMON.

Despedida.

Con los ojos del alma,
Cuando te ausentes,
Ángel de mis amores,
Espero verte;
Ya que el destino
De mi lado te aparta,
Dulce amor mio.

Adios, y que los días
De amor y encanto
Queden en tu memoria
Siempre grabados,
Como en mí viven;
Como te quiero, quíereme;
Nunca me olvides.

Una prenda nacida
De tu amor quiero;
Dame empapado en lágrimas
Ese pañuelo.
¡Gracias, mi vida!...
Y adios; sobre las tuyas
Caerán las mias!...

FRANCISCO VICENS.

A unas discretas (1).

Madrid.

Amicus Plato; sed magis amica veritas.

¡Qué extraño sugeto es el corazón humano! ¡qué á menudo sorprende al menos observador con sus anomalías é inconsecuencias! Con frecuencia vemos al mas corrido caer en candideces propias de un niño de escuelas, al mas discreto ocuparse de bobadas, al mas cortés cometer toscas groserías, y al mas cauto sandías torpezas, sin que estos respectivos lapsus lastimen, por supuesto, ninguna de esas reputaciones, fundadas en numerosas pruebas y en una larga y nunca desmentida experiencia. También sucede que una nimiedad ataja á veces al orador mas suelto, y que una ironada pone en confusion el ánimo mas sereno y aguerrido en estas escaramuzas y tropiezos que se llaman *compromisos de sociedad, ó lances del mundo*. Así os sucedió á vosotras, bellas amigas mías, cuando al presentarme yo en vuestra tertulia, quisisteis mudar la conversacion, y á pesar de vuestra consumada táctica, y á pesar de aquella mirada, que como un signo telegráfico corrió de rostro en rostro al rededor de la mesa, no pudo hacerse la mudanza sin que el recién llegado lo advirtiese. ¿Cómo estuvisteis tan poco diestras? Porque el mas topo hubiera conocido que aquellas fisonomías inquietas y asustadas, aquellas preguntas fuera de todo camino, aquellos comienzos de dialogo tan descosidos y extraños, querian ser una falsa maniobra que encubriera el movimiento verdadero. Había en el ademán y en la palabra de todos los circunstantes, un no sé qué semejante á lo que se nota en la cara de los individuos que habiéndose visto de lejos, evitan saludaros cuando pasan á vuestro lado: — fingen que no os ven, hacen los distraídos, miran aquí ó allá; y á través de todos sus ingeniosos maneños, estais conociendo á legua que sienten que pasais á su lado, que no pierden gesto ni movimiento vuestro. Para convencerlos de ello basta una prueba; reios de su disimulo, y si tienen genio pronto y vanidad, los vereis volverse como culebra pisada; si eso no basta, seguidlos y á corto trecho pasad delante de ellos, mirad su rostro, y vereis que ha recobrado su expresion natural, que ya no tiene aquella contraccion, aquella tension particular de las facciones que experimenta el que hace una cosa fea, y sospecha que se lo conocen.

Aquella noche á que me refiero no murmurábais de mí; comentábais no sé qué historia, ó sucedido: un cuento de esos infinitos que son asunto de la conversacion. ¿Cómo habian de seguir los comentarios en presencia mia, á riesgo de que el sábado inmediato se entretuviesen con ellos mis lectoras. Contar una anecdota con todos sus detalles, con los nombres y apellidos y la calle donde ha sido, que dicen los ciegos, á un pollo que luego coge su sombrero y se va á repetirla en otra parte, bordandola siempre un poco, y haciendo que de este modo corra de boca en boca, nada tiene de malo ni reprehensible: — ¡de algo se ha de hablar en sociedad! y cuando se tiene gracia en el decir y malicia bastante para sembrar en la relacion unas cuantas reticencias, sería un sacrificio necio renunciar á lucir

(1) De los artículos semanales que con el título general de *Cartas de Juan Garcia* publica en la *Epoca* un distinguido escritor, tomamos la filípica *A unas discretas*, que es una pintura de costumbres madrileñas hecha con gracia y verdad de colorido.

que yo tenia derecho para capturar los buques que trasportan despachos escritos; esto lo dicen terminantemente todos los autores, y un buque puede ser condenado si sabe el capitán que lleva despachos a bordo. Pero esos señores no eran despachos en el sentido literal de la palabra; por consiguiente, no parecían caer bajo el texto literal de la ley, y no he podido encontrar un precedente análogo.

Estaba probado evidentemente que eran comisarios, pues así lo confesaron ellos; que estaban encargados de una misión hostil y desleal contra su país, que trataban de derrocar sus instituciones y de formar tratados de alianza con estados extranjeros, lo que se halla expresamente prohibido por la Constitución.

Habían sido presentados al capitán general de Cuba por el cónsul general de S. M. británica; pero el capitán general me ha dicho que no han sido recibidos en calidad oficial, sino simplemente como extranjeros distinguidos.

Les he considerado pues como encarnación (*embodiment*) de despachos; y como habían declarado abiertamente que estaban encargados por los confederados de concluir tratados de alianza necesarios para su independencia, he adquirido la convicción de que su misión era hostil a la Unión y criminal, y que me hallaba en el deber de impedir su viaje y de prenderlos si no eran portadores de pasaportes del gobierno federal, en conformidad a la ley de las naciones que dice así: « Los ministros



El comodoro Wilkes, del *San Jacinto*.

mente habría sido condenado por haber transportado las personas en cuestión y por haberse negado al derecho de visita. El cargamento era también de buena presa, porque todos los cargadores conocían la presencia a bordo de aquellos despachos vivos y el motivo traidor de sus acciones.

Sin embargo, me abstuve de embargar el buque, porque mi tripulación era demasiado escasa, y también porque un crecido número de personas inocentes habrían tenido que sufrir las consecuencias de aquel acto, y en fin, porque muchos pasajeros se habrían hallado en un grave apuro si no hubiesen podido llegar al vapor, pasando de Santomas a Europa. Resolví pues sacrificar los intereses de mis oficiales y de mi tripulación, y dejé al vapor que continuara su camino, deteniéndole únicamente el tiempo necesario para trasladar a los comisarios a mi buque, de cuyo modo alcancé el importante fin que me proponía, el solo que interesa a nuestro país, y corté los designios de los confederados.

Añadiré que los súbditos de S. M. británica, tanto oficiales como simples particulares, demostraron poco respeto y obediencia por la proclama real, pues ayudaron y animaron a los comisarios confederados y trataron de ocultarlos. Os he indicado los motivos que me han hecho obrar, estando en la convicción de que debía capturar a esas personas y conducir las a los Estados Unidos. Aunque al renunciar a esa pre-



M. Mason, enviado de los Estados del Sur con destino a Inglaterra.

del cónsul inglés en la Habana, no ignoraba en manera alguna la misión de que iban encargadas aquellas personas cuando tomaron el pasaje. El cónsul, padre del agente, les fué a visitar y les presentó en calidad de ministros de los Estados confederados que pasaban a Inglaterra y a Francia. Se embarcaron con el consentimiento del capitán, que después intentó disimular su presencia negándose a presentar la lista de los pasajeros y los papeles de bordo. Está fuera de duda que el capitán sabía que esos comisarios llevaban despachos importantes y que estaban encargados de instrucciones hostiles a los Estados Unidos. De todo esto resulta que su buque, aunque neutro, era de buena presa, y resolví apoderarme de él y enviarle, como he dicho en mi parte, a Key-West para que fuera subastado allí, donde evidente-



M. Slidell, enviado de los Estados del Sur con destino a Francia.

extranjeros de una potencia beligerante deben ser portadores de pasaportes de la otra parte beligerante cuando están a bordo de navios neutros.»

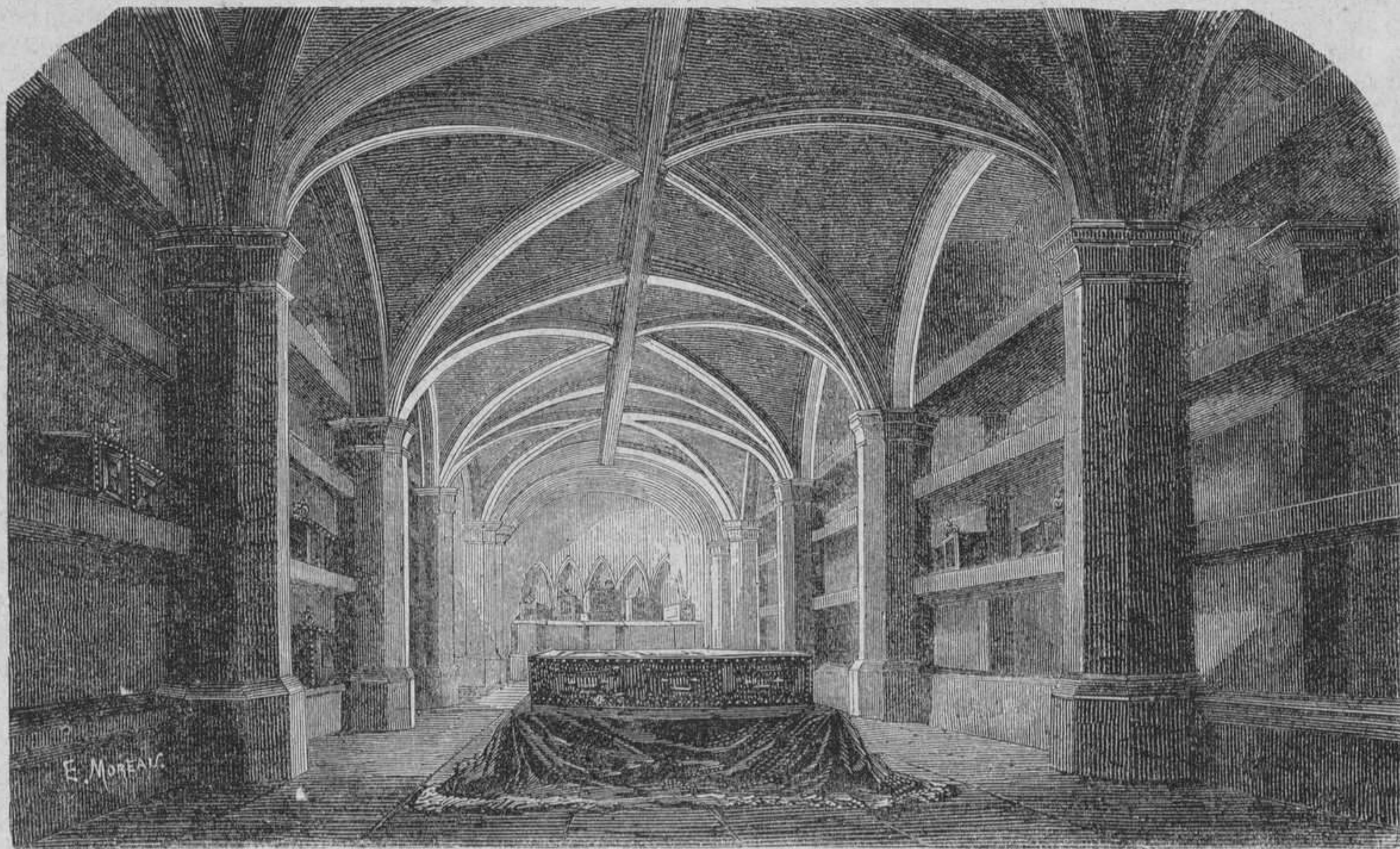
El rumor público les daba el título de ministros de Francia y de Inglaterra, pero como no habían sido recibidos en tal cualidad por esas potencias, no les he considerado como cubiertos por las inmunidades inherentes a la persona de los embajadores. No eran mas que conspiradores escapados que tramaban la ruina de los Estados Unidos, y no tenían ningún derecho a los privilegios del título que pretendían otorgarse.

En cuanto al buque en que iban, he sabido en la Habana que era un buque mercante que hace el servicio entre Veracruz, la Habana y Santomas, y encargado por contrato de la mala. El agente que estaba a bordo, hijo

sa sacrificó los intereses de mis oficiales y tripulación, estoy seguro de que ellos no sienten haber abandonado sus ventajas en esa circunstancia, y añadiré que habiendo obrado bajo mi responsabilidad, estoy dispuesto a sufrir las consecuencias. — Firmado:

CARLOS WILKES.

En cuanto a los señores Mason y Slidell, cuyos retratos damos en esta página con el del comandante del *San Jacinto*, tenemos pocas palabras que decir; el último es una gran capacidad política, y ha sido el alma del movimiento separatista. El primero es quizá el propietario mas rico de la Virginia, y como senador se hizo siempre notar por la violencia con que atacaba al Norte. Entre los federales, la noticia de su captura ha producido un entusiasmo que no es de buen agüero para la conservación de la paz.



Féretro del príncipe Alberto en la bóveda real de Windsor.